

Magus Incognito

**LA DOCTRINA SECRETA
DE LOS ROSACRUCES**

*Ilustrada con Doce Grabados de los
Símbolos Rosacrucianos*



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Rosacruzismo”

ÍNDICE

Prólogo del Traductor, página 3.

Capítulo I

Los Rosacruces y su Doctrina Secreta, página 5.

Capítulo II

La Causa Eterna, página 12.

Capítulo III

El Alma del Mundo, página 22.

Capítulo IV

El Andrógino Universal, página 28.

Capítulo V

El Uno y los Muchos, página 33.

Capítulo VI

La Universal Llama de Vida, página 37.

Capítulo VII

Planos de Conciencia, página 42.

Capítulo VIII

Los Aspectos del Alma, página 59.

Capítulo IX

Reencarnación, página 66.

Capítulo X

El Progreso del Alma, página 73.

Capítulo XI

El Aura Humana, página 79.

Capítulo XII

Los Siete Principios Cósmicos, página 84.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

La explícita declaración del autor de esta obra, cuyo nombre, como genuino ocultista, oculta bajo el seudónimo de “Magus Incognito” de que los verdaderos rosacruces no pertenecen a ninguna sociedad o grupo en que se exijan derechos de entrada, le exime de responder a las objeciones y reparos de quienes se arroguen el título de rosacruces, conferido por una asociación cuyo nervio sea el imprescindible pago de los derechos de entrada en su seno.

Por lo demás, la más señalada novedad que el autor nos ofrece en la exposición de la doctrina secreta de los rosacruces es su simbolismo, por cierto muy acertado y significativo, con hábiles toques poéticos; pero en cuanto a la doctrina en sí misma, desde luego advertirán los aficionados a estos estudios que en nada difiere de las enseñanzas yoguísticas y teosóficas, pues entraña los mismos conceptos aunque los exprese con distintas palabras.

Forzosamente ha de ser así, porque si la Verdad es una e indivisible, no podía discrepar fundamentalmente la exposición que de ella hace la doctrina secreta de los rosacruces, de las enseñanzas de otras escuelas que por distinto radio del círculo se dirigen al único Centro de Luz y de Verdad.

La costumbre, que casi nunca va de acuerdo con el rigor lógico, ha motivado la inconveniente ambigüedad con que los tratadistas emplean los calificativos de ocultas, esotéricas y secretas, aplicados a esta índole de enseñanzas.

Sin embargo, filosóficamente, o mejor diríamos, lógicamente analizados dichos calificativos, expresan conceptos muy distintos que conviene señalar.

Oculto significa lo escondido, ignorado, que no se da a conocer ni se deja ver ni sentir. Por lo tanto, la frase enseñanza oculta no tiene sentido lógico, porque no es posible enseñar lo que no se conoce, y si se conoce ya no está oculto.

Se dirá que si no está oculto para quienes lo indagaron y descubrieron, o sean los ocultistas, lo está para la masa general de profanos; pero esta objeción carece de validez lógica, porque lo oculto ha de estarlo para todos o para ninguno, y desde el momento en que alguien lo descubre ya no está oculto.

Sin embargo, como este conocimiento de lo que dejó de estar oculto no se lanza a los cuatro vientos de la publicidad y sólo se comunica a los dignos y convenientemente preparados para recibirlo, le conviene más propiamente el

calificativo de secreto, que significa lo separado, segregado, apartado del conocimiento de la generalidad de las gentes, y por lo tanto secreto para ellas, mas no para los que lo conocen y para sí lo reservan.

Por otra parte, esotérico, según tan acertadamente expone el profundo pensador Van del Leeuw, es lo inefable, lo imposible de expresar con palabras, aunque se quiera, en contraposición a secreto, que se puede revelar cuando se quiera o convenga.

Explicado el sentido lógico de dichos calificativos, vemos que desde el momento en que se publica y divulga por un medio de difusión tan rápido y eficaz como la prensa la doctrina secreta de los rosacruces, deja de ser secreta, puesto que se publica; pero se ha de entender que esta publicación no se refiere a toda la doctrina secreta de los rosacruces, sino a la parte cuya publicación se considera conveniente en el actual estado de la evolución humana, y que en sus puntos esenciales, ya que no en forma de expresión, estaba ya publicada desde hace años por otras escuelas de ocultismo.

De todos modos, lo que el autor expone en las siguientes páginas servirá para estimular el entendimiento del lector profano y moverlo a la investigación de más profundas verdades o manifestaciones de la única y suprema Verdad.

Federico Climent Terrer

CAPÍTULO I LOS ROSACRUCES Y SU DOCTRINA SECRETA

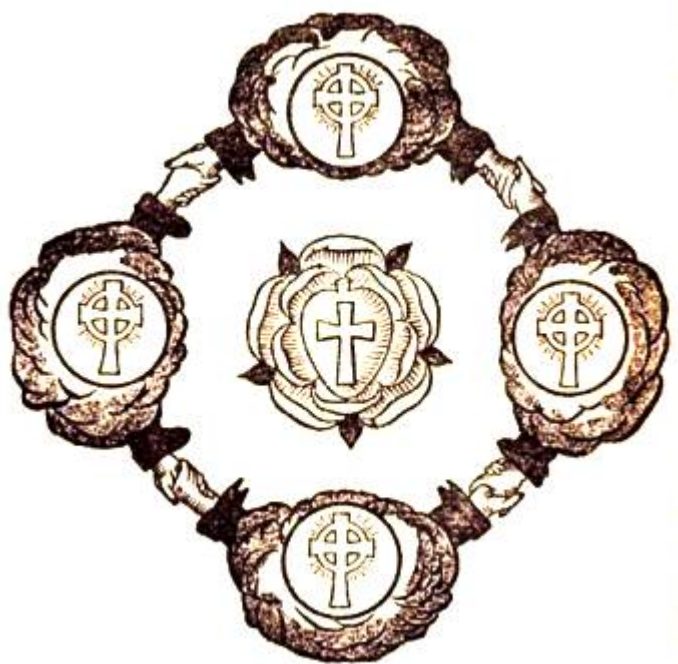


Fig. 1. – Símbolo Místico de la Fraternidad de los Rosacruces

Libros y revistas de índole esotérica aluden a los rosacruces, considerándolos una antigua sociedad secreta dedicada al estudio de ocultas doctrinas y a la manifestación de ocultos poderes; pero chasqueado se encuentra quien trata de adquirir informes de esta supuesta Orden antigua. Sin embargo, antes de convencerse de la futilidad de su indagación, el indagador investiga las Órdenes que en su título ostentan la palabra “Rosacruces”, con propósito de que una de ellas lo admita en su seno mediante el pago de los derechos de entrada, cuyo importe es de mayor o menos cuantía según la Orden, pues todas dicen que ella sola es la legítima y todas las demás son despreciables remedos.

La verdad es que no hay ni jamás hubo una Orden de carácter societario sancionada por los genuinos rosacruces, en la que pueda ingresar cualquiera mediante el pago de los derechos de entrada como se ingresa en tantas otras sociedades cuyo fundamento es la fraternidad. Los auténticos rosacruces no están reglamentariamente organizados y se mantienen unidos tan sólo por los lazos del común interés en los estudios ocultos y esotéricos y por la unánime aceptación de ciertos fundamentales principios de creencia y conocimiento. Esta Orden inorgánica tiene miembros en todas las actividades de la vida y en todos los países, sin que ninguno de ellos se declare públicamente rosacruz. Nunca se han exigido ni exigen derechos de entrada para el ingreso en esta inorganizada Orden, y para admitir a un postulante es indispensable que lo presenten tres miembros que lleven determinado tiempo de profesión y hayan adquirido cierto grado de suficiencia en el conocimiento oculto y en la manifestación de los principios descubiertos por ellos bajo la dirección de los superiores adeptos de la sabiduría arcánica.

En los Consejos o Juntas directivas de casi todas las asociaciones y corporaciones de carácter secreto difundidas por el mundo hay auténticos rosacruces, que como la levadura de la masa general de cada asociación, mantienen viva la sagrada llama de la Verdad. También predominan los rosacruces en los centros filosóficos y científicos, y algunos ocupan elevadas posiciones en la política, o en los negocios, en el movimiento socialista y otras actividades, en las iglesias confesionales, en la masonería y otras sociedades secretas, donde ejercen una poderosa y siempre benéfica influencia.

Los Hermanos de la Rosa Cruz

El moderno interés por las enseñanzas rosacruceanas data de 1610, cuando empezaron a cundir rumores de la existencia de **Los Hermanos de la Rosa Cruz** cuyos dignatarios y lugares de reunión desconocía el público. Las autoridades civiles y religiosas atacaban enérgicamente a la misteriosa sociedad y con el mismo vigor la defendían los interesados en el ocultismo y en la enseñanza esotérica.

Durante el siglo XVII se establecieron varias “órdenes” espurias y contrahechas de rosacruces, por lo que desde entonces nadie a sido capaz de mostrar auténtica relación con la primitiva y legítima Orden. Algunas originales enseñanzas de los rosacruces se incorporaron a uno de los grados superiores de la masonería con positivo beneficio.

He aquí la leyenda, verdadera en unos puntos y errónea en otros, respecto al origen de la Orden.

Un noble alemán, llamado Christián Rosenkreutz, que había donado los hábitos talares a un monasterio de monjes, visitó la India, Persia y Arabia, y al volver del viaje trajo consigo una secreta doctrina aprendida de los sabios y videntes de aquellos países orientales. Dícese que fundó el año 1425 la original Fraternidad de los Rosacruces, sin que se sospechara su existencia hasta dos siglos después. Sin embargo, los verdaderos rosacruces dicen que esta leyenda es un hábil encubrimiento de la realidad de los hechos referentes a la institución de la inorganizada Orden, que se ha de leer entre líneas con los anteojos de la comprensión a fin de escudriñar su genuino significado.

El autor de este libro no revelará tal significado, pues quebrantaría si lo revelara una sacratísima promesa que equivaldría a traicionar los secretos de la iniciación.

Sin embargo, está autorizado para declarar que la doctrina secreta de los rosacruces es un conjunto de enseñanzas esotéricas transmitidas por sabios profundamente versados en las verdades ocultas. Llegó a Europa esta sabiduría por los caminos de Oriente, y hoy día forma parte de las internas enseñanzas de algunas de las mayores Fraternidades orientales. Su historial es uno de tantos ejemplos de la verdad del antiguo axioma ocultista que dice: “Mira hacia Oriente, de donde viene la Luz”.

Durante muchos años nada o muy poco estaba permitido publicar acerca de la doctrina secreta de los rosacruces; pero desde hace un cuarto de siglo se ha conseguido mayor libertad en este respecto, y hoy día muchas enseñanzas rosacrucianas están incorporadas en los escritos y enseñanzas del esoterismo en general y de la metafísica superior en particular. La teosofía y el interés despertado por las filosofías y religiones de la India han contribuido notablemente a publicar algunos puntos elementales de la secreta doctrina, hábilmente encubiertos para los profanos y claramente revelados a los pocos dispuestos a comprenderlos.

Alquimia Superior

Según las enciclopedias y otras obras de información, los rosacruces se han dedicado a la alquimia. La afirmación es exacta; pero los compiladores de las enciclopedias y diccionarios cayeron en el error de creer que dicha alquimia era la que en el plano físico se ocupa en la transmutación de los elementos químicos. No saben que la alquimia a que los rosacruces dedican

mucho tiempo y atención es la alquimia mental y espiritual que aunque por completo distinta de la material, tiene alguna analogía con ella, en virtud de la ley de correspondencia, recopilada en el aforismo hermético: “Como es arriba es abajo”.

El Secreto de las Enseñanzas Esotéricas

Muy difícil es dar al hombre ordinario de Occidente las verdaderas razones del secreto que invariablemente rodea las enseñanzas esotéricas de todas las escuelas de ocultismo, pues se figuraría que el único objeto de mantenerlas secretas es traficar con ellas. Pero quien entra en el Sendero, por poco trecho que recorra advertirá la razón del secreto, y el peligro que entraña la prematura revelación de las verdades esotéricas a los no preparados para recibirlas y comprenderlas.

Dice un autor sobre el particular:

“El método oriental de adquisición de conocimiento es diametralmente opuesto al seguido en Occidente durante el moderno adelanto de las ciencias. Mientras Europa ha investigado la naturaleza tan públicamente como le ha sido posible, y ha discutido cada paso adelante con completa libertad y difundido cada nuevo descubrimiento en bien de todos, Asia ha estudiado secretamente su ciencia y reservó con exquisito celo sus conquistas. No hay necesidad de detenerse en la crítica de estos métodos, pues vagamente está difundida por el mundo entero la idea de que ha de haber algún método de estudio por el cual se puedan adquirir conocimientos superiores a los que se enseñan en cátedras y libros. En Oriente ha más o menos dominado esta creencia; y en Occidente, el conjunto de bibliografías simbólicas referentes a astrología, alquimia y misticismo ha despertado en algunas mentes cultivadas el convencimiento de que bajo la aparente jerigonza de los símbolos se ocultan grandes verdades ... En las escuelas esotéricas, el neófito está obligado por solemne promesa a no revelar nada de cuanto se le enseñe”.

La Doctrina Secreta de los Rosacruces

Es el conjunto de enseñanzas transmitidas de labio a oído durante innumerables generaciones de Maestro a discípulo y de Hierofante a iniciado. Hasta nuestros días raras veces se habían publicado verbal o gráficamente alguna que otra de dicha enseñanza, y aún estaba encubierta o velada por vagos términos de astrología o alquimia, de modo que tuviese un significado

para el lector profano y otro muy distinto y verdadero para el que poseía la clave del misterio. Las frecuentes referencias en los libros medievales al azufre, mercurio y otros elementos químicos y a la piedra filosofal, representaban ciertos puntos de la doctrina secreta para quienes poseían la clave.

Los mejores informados opinan que la doctrina secreta de los rosacruces se fue formando lentamente por los adeptos, de los dispersos fragmentos de las enseñanzas esotéricas que habían atesorado los sabios de todas las razas y especialmente los adeptos de la Atlántida.

Cuando el formidable cataclismo que sumergió este continente, los pocos adeptos que sobrevivieron a la catástrofe, cuidaron de recopilar cuantos fragmentos de verdad les fue posible y los transmitieron a sus discípulos predilectos.

Los antiguos adeptos que emplearon su vida en recoger los fragmentos de las enseñanzas esotéricas y reconstruir la doctrina secreta de los atlantes, hallaron una porción de su material en Egipto, India, Persia, Caldea, Media, China, Asiria y Grecia, y en los místicos escritos de los hebreos, como la Kábala y el Zohar. Sin embargo, la fuente común de estas enseñanzas es netamente oriental, pues los sabios de Oriente basaron sus doctrinas en las antiquísimas enseñanzas de los adeptos atlantes.

Dice un autor acerca de este punto:

“Las enseñanzas han llegado hasta nosotros por conducto del tiempo, procedentes de pasadas edad, razas y escuelas filosóficas de la remotísima antigüedad. Aún los más versados en ocultismo son incapaces de trazar en línea directa e ininterrumpida el origen de las enseñanzas más allá de la época de Pitágoras, 500 años antes de J. C., y algo antes en la Grecia antigua, aunque hallan referencias en la doctrinas del Egipto faraónico y en las de Caldea, que demuestran que la escuela pitagórica y las de los demás filósofos griegos se basaron en ocultas enseñanzas todavía más remotas recibidas en sucesión directa de maestros a discípulos durante muchos siglos. Los investigadores han encontrado huellas de las enseñanzas en Persia y Media, y opinan que de la misma fuente procedieron las de Gautama, el fundador del budismo. También se advierten vestigios en las Escrituras hebreas y especialmente en el evangelio de San Juan”.

“Indudablemente los filósofos griegos derivaron sus doctrinas de los egipcios por conducto de Pitágoras, quien las recibió de los hierofantes egipcios y persas, según se infiere de la estrecha semejanza entre las enseñanzas pitagóricas y las de las esotéricas fraternidades de Egipto. Sin

embargo, algunos instructores opinan que las escuelas filosóficas de Grecia y Egipto eran dos ramas distintamente derivadas del común tronco de la filosofía atlante. Pero sea como sea, no hay duda de la sorprendente analogía entre los principios básicos de las enseñanzas egipcias y los de las griegas.

“Lo expuesto se refiere al aspecto histórico del asunto; pero las tradiciones ocultas afirman que las enseñanzas esotéricas son tan antiguas como la humanidad y las conocieron los hombres de más adelantada evolución mental de todas las razas, aunque la presente subraza de la raza aria haya perdido sus huellas... De todos modos, las enseñanzas llevan en sí el sello de la verdad y no necesitan que nadie las autorice”.

Los Siete Aforismos de la Creación

Son los siete principios fundamentales de la doctrina secreta de los rosacruces, que tienen sus respectivos símbolos. Quien logre comprenderlos se colocará en un nivel mental que le relacione con las superiores enseñanzas de los rosacruces, de conformidad con el axioma: “Cuando el discípulo está preparado, aparece el maestro”. Pero el discípulo no estará preparado hasta que domine las elementales enseñanzas expuestas en este libro, que no serán las que todavía no pueden publicarse referente a las fórmulas y métodos de alquimia mental y transmutación espiritual, aunque estas enseñanzas ***no se le pueden negar a quien ya esté preparado para recibirlas sin motivos egoístas***. Cuando el estudiante sabe llamar, se cumple la promesa: “Llamad, y se os abrirá”.

El símbolo de la Rosa Cruz

Este símbolo aparece en diversidad de formas: la Cruz coronada por la Rosa; la Espada o mango de la Cruz adherida a la Rosa; la Cruz rematada por la Corona, la Cruz Fálica modificada, etc. El significado del símbolo es séptuple. Los tres superiores significados se reservan para los iniciados de alta categoría y no pueden publicarse. Los otros cuatro son como sigue:

1º. La Cruz coronada por la Rosa significa que la Rosa, símbolo de la Divinidad, sólo puede alcanzarse por el sufrimiento de la vida mortal, simbolizada en la Cruz.



Fig. 2 – Representación Convencional del Símbolo de la Rosa Cruz

2°. La Espada adherida a la Rosa significa que la espada del Espíritu debe blandirse activamente en las batallas de la vida a fin de ganar por premio la Rosa, así como en los tiempos caballerescos la rosa era el premio que de manos de la reina recibía el victorioso caballero.

3°. La Cruz rematada por la Corona significa que el sufrimiento de la vida mortal, pacientemente sobrellevado por el fiel discípulo de la Verdad, tendrá por recompensa la corona del Magisterio. Así dicen los antiguos aforismos: “Toda Cruz tiene su Corona” y “No hay Corona sin Cruz”.

4°. La Cruz fálica modificada significa la dual sexualidad del manifestado universo, la presencia y actividad del universal principio masculino y del universal principio femenino. Sin embargo, la modificada Cruz Fálica de los rosacruces nada absolutamente tiene que ver con las groseras formas del culto fálico, que son una abominable tergiversación de la sombra de la Verdad y no deben confundirse con la Realidad.

Dice un antiguo aforismo:

“El conocimiento que no va acompañado de la acción es semejante a los tesoros acumulados estérilmente por el avaro. Una insensatez. No olvidéis la ley de utilidad en esta y en otra cosa”.

CAPÍTULO II

LA CAUSA ETERNA

Dice el primer aforismo de la doctrina secreta de los rosacruces:

LA CAUSA ETERNA ESTABA ENVUELTA EN EL SUEÑO DE LA NOCHE CÓSMICA. NO EXISTÍA LA LUZ, PORQUE AÚN NO SE HABÍA REENCENDIDO LA LLAMA DEL ESPÍRITU. NO EXISTÍA EL TIEMPO, PORQUE AÚN NO SE HABÍA REANUDADO EL CAMINO. NO EXISTÍAN LAS COSAS, PORQUE NO SE HABÍA REPRODUCIDO LA FORMA. NO EXISTÍA LA ACCIÓN, PORQUE NO HABÍA COSAS QUE ACTUASEN. NO HABÍA PARES DE OPUESTOS, PORQUE NO HABÍA COSAS QUE MANIFESTASEN POLARIDAD. LA CAUSA ETERNA SIN CAUSA, INDIVISIBLE, INMUTABLE, INFINITA, PERMANECÍA EN INCONSCIENTE SUEÑO SIN ENSUEÑOS. NADA HABÍA NI REAL NI APARENTE FUERA DE LA CAUSA ETERNA.

Este primer aforismo de la Creación tiene por objeto instruir al estudiante en el concepto de la Infinita fuente de todas las cosas, la Eterna Causa de que “todas las cosas proceden”. Los rosacruces simbolizan la Causa Eterna por medio de un círculo sin nada externo ni nada interno.

Sin embargo, no expresa el círculo la idea de limitación sino de ilimitación. Aunque es el símbolo mejor apropiado, no basta porque no es posible representar lo infinito por un símbolo finito. El más adecuado símbolo de la Causa Eterna sería el Espacio infinito que no se puede representar por un círculo, pues por grande que fuera su radio siempre habría espacio externo a él. Pero reconociendo la imposibilidad de un símbolo adecuado, los antiguos rosacruces adoptaron el círculo vacío como el mejor símbolo finito del Infinito Inmanifestado.

Los rosacruces han considerado siempre el Espacio infinito como el mejor concepto posible para “pensar” en el Infinito Inmanifestado que no

puede concebirse como una Cosa, y la conciencia sólo es capaz de pensar en Cosas. En rigor, el Infinito Inmanifestado es No-Cosa, No-Ser; pero no en el sentido de “Nada”, sino más bien en el de la posibilidad de todas las cosas sin la limitación de la cosa.

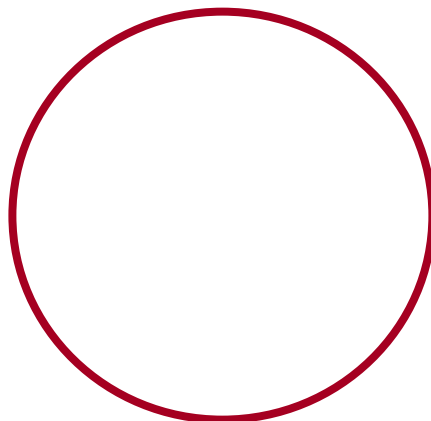


Fig. 3 – Símbolo del Infinito Inmanifestado

El Espacio infinito no puede considerarse como una cosa, pues carece de las características de las cosas¹. Sin embargo, no se le puede negar efectiva existencia y presencia. Toscamente hablando se puede definir diciendo que es una No-Cosa que contiene en sí la posibilidad de infinitas cosas, o la infinita posibilidad de las cosas. Se ha de concebir el Espacio como el absoluto continente de todas las cosas manifestadas e inmanifestadas, pues fuera del Espacio infinito no puede haber nada, o mejor dicho, nada hay.

Por lo tanto, el Espacio infinito ha sido siempre el aceptado símbolo oculto que facilita el concepto del Infinito Inmanifestado, de la Causa Eterna, envuelta en el sueño de la Noche Cósmica.

Uno de los antiguos catecismos ocultos contiene esta pregunta: “¿Qué es aquello que siempre fue, es ahora y siempre será, haya o no haya universo y haya o no dioses?”.

La respuesta es: “El Espacio”.

La validez simbólica del Espacio infinito en representación del Infinito Inmanifestado se advierte mayormente cuando tratamos de imaginar la ausencia del infinito Espacio, tanto si lo imaginamos ausente antes de su

¹ En terminología filosófica la palabra “cosa” expresa todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta. Es sinónimo de “entidad”. (N. de T.)

creación como después de su destrucción. La mente humana no puede concebir en modo alguno la carencia de Espacio. Por el contrario, se ve obligada a concebir el Espacio infinito y eterno sin relación con lo que cabe concebir ausente o presente en tal o cual tiempo pasado, presente o futuro. De la propia suerte es la mente humana incapaz de concebir el Espacio como una cosa, como una entidad; y sin embargo, tampoco cabe concebirlo como Nada, porque la Nada es inconcebible. En consecuencia, por necesidad hemos de concebir el Espacio eternamente presente; y no obstante, libre de las limitaciones de las cosas.

Además, como quiera que el infinito Espacio es invisible y también está fuera del alcance de los otros sentidos, no es posible reconocerle entidad y al pensar en él la mente nos dice que “no es esto ni es aquello”, sino que reproduce la siguiente antigua sabia afirmación de la Realidad.

“La Esencia del Ser carece de atributos, de forma, de distinciones. Es diferente de lo que conocemos y de lo que no conocemos. Ni el pensamiento ni la palabra lo encuentran. El sabio responde con el silencio a las preguntas sobre su naturaleza. A todo cuando se le pregunta sobre sus cualidad, atributos y propiedades responde: “no esto, no aquello”. Dice sencillamente que ES?

También dijeron los antiguos sabios:

“La imaginación, el intelecto y la mente abstracta se esfuerzan en vano en concebir el Infinito, porque lo finito no puede comprender lo Infinito ni lo temporal puede abarcar lo eterno ni el pensamiento resultante de la cadena de causación puede reconocer la Causa sin causa o Existencia por Sí?”

Desde todos los puntos de vista y en cualquier consideración vemos que el concepto del infinito Espacio es un válido símbolo de Aquello que queremos significar cuando pensamos en el Infinito Inmanifestado o sea la Esencia del Ser antes de manifestarse en forma y acción.

Dice el primer aforismo que la Causa Eterna estaba envuelta en el sueño de la Noche Cósmica.

Esta sentencia alude a la enseñanza referente a los días y noches cósmicos, que bajo diversos nombres se encuentra en todas las doctrinas ocultas. Los sabios han declarado que la ley del ritmo rige en todas las cosas desde la íntima a la suprema.

Así el Todo se presenta alternativamente en dos grandes períodos: el de manifestación o día cósmico y el de inmanifestación o noche cósmica.

Durante la noche cósmica la Causa Eterna está como envuelta en inconsciente sueño sin ensueños del que al despuntar la aurora del día cósmico despierta gradualmente a la manifestación. Al día cósmico sucede tras el

crepúsculo la noche cósmica en que todo queda en silencio. Así infinitamente repetidos se suceden, se han sucedido y se sucederán los días de manifestación y las noches de inmanifestación. Tal afirman los Instructores de la humanidad.

Dice sobre el particular un iniciado:

“La doctrina esotérica, como el hinduismo, el budismo y la kábala, enseña que la infinita y desconocida Esencia existe de toda eternidad, y en regulares y armónicas sucesiones es ya activa, ya pasiva. La poética fraseología de Manú llama a estas alternativas los Días y Noches de Brahma que durante su día esta despierto y activo y durante su noche dormido e inactivo”.

“Al comienzo de un día o período de actividad, la Esencia divina se expansiona de dentro afuera en obediencia a la eterna e inmutable ley, y el universo fenomenal o visible es el último eslabón de la prolongada cadena de fuerzas cósmicas progresivamente puestas en actividad. De análoga manera, al reasumir la condición pasiva, se contrae la Esencia divina de fuera adentro, y paulatinamente se disuelve el universo, y de nuevo flotan las tinieblas sobre la faz del abismo. Según metafóricamente dicen los libros sagrados, la espiración de la desconocida Esencia crea el universo y la inspiración lo destruye. Este proceso es eterno, y nuestro actual universo no es más que uno de la infinita serie que no tuvo principio ni tendrá fin”.

Estas enseñanzas esotéricas le sirvieron a Herbert Spencer para fundamentar su filosofía acerca de la universal ley del ritmo, según se infiere del siguiente pasaje del moderno apóstol de la evolución:

“Las coexistentes fuerzas universales de atracción y repulsión necesitan evidentemente ritmo en su actuación y determinan un inmenso período durante el cual prevalece la fuerza atractiva que produce una universal concentración y después otro inmenso período durante el cual prevalece la fuerza repulsiva y produce una universal difusión. Son períodos alternados de evolución y disolución”.

Sigue diciendo el primer aforismo que no existía la Luz porque aún no se había reencendido la Llama del Espíritu.

Esta expresión les parecerá muy dificultosa a quienes tan sólo conocedores de media verdad, conciben la infinita Realidad como Espíritu de quien la Llama es el oculto símbolo, pero la antigua sabiduría nos dice que no sólo tras la materia sino también tras el espíritu reside una eterna e infinita Esencia que no es espíritu ni materia sino la incondicionada raíz y fuente de la materia y del espíritu.

Si observamos la llama de una vela, advertiremos en el centro una parte oscura y ocupada por el carbón todavía muy dividido, pero que precisamente es la parte esencial de que procede la luz de la llama. En terminología oculta se denomina simbólicamente “Llama Oscura” a la Esencia de la Llama, que no es llama ardiente y luminosa, pero que produce la luz y el fuego. Así dice un antiguo autor: “La Esencia es el espíritu del fuego, no el fuego mismo; y por lo tanto, los atributos del fuego, como el calor, la llama y la luz no son atributos de la Esencia sino del fuego por ella producido”.

En consecuencia, el Infinito Inmanifestado, la dormida Causa Eterna no se ha de concebir como Espíritu según el significado que se suele dar a esta palabra, sino más bien se ha de considerar como el puro espacio de que surge la llama y la contiene.

Continúa diciendo el primer aforismo que no existía el Tiempo porque aún no se había reanudado el Cambio.

También esta expresión será dificultosa para quien no tenga verdadera noción del tiempo, que en rigor filosófico no significa la mera duración de la existencia sino la medida de los cambios o mudanzas de la existencia.

Sin cambio no puede haber tiempo en el riguroso significado de esta palabra. Una existencia sin cambio ni mudanza, por mucho que durase no tendría noción del tiempo. El purísimo Ser no conoce el tiempo, porque el tiempo es el resultado del cambio, mudanza o devenir de las cosas. Un autor moderno establece como sigue la diferencia entre los conceptos de “duración” y de “tiempo”.

La duración en sí misma se concibe sin referencia a los cambiantes movimientos de las cosas. Por el contrario, el tiempo es la sensible medida de una parte de la duración, señalada a menudo por determinados fenómenos, como el movimiento aparente de los astros, la rotación de la tierra sobre su eje, etcétera. Nuestro concepto del tiempo proviene del de estos movimientos y mayormente del que en apariencia se observa en los astros, cuya exacta correspondencia sirve de medida de lo que llamamos tiempo, que nos parece coexistente con dichos movimientos. Por lo tanto, podemos definir el tiempo diciendo que es la percepción de sucesivos movimientos y se mide con instrumentos coordinados con estos movimientos, como los relojes.

También somos conscientes del paso del tiempo por el cambio de nuestros pensamientos, emociones e imágenes mentales, ya en conciencia vigílica, ya en ensueños. Sin los cambios que del mundo exterior se

representan en nuestra conciencia y sin los cambios de nuestros estados de mente y ánimo, el tiempo no existiría para nosotros².

En consecuencia, la eterna e inmutable Realidad que no se manifiesta en el mundo exterior y está envuelta en un sueño inconsciente y sin ensueños, no conoce el Tiempo ni puede existir para tal Realidad el Tiempo hasta que se reanude el Cambio, esto es, hasta la manifestación de un nuevo universo.

Sigue diciendo el primer aforismo que no existían las Cosas porque aún no había reaparecido la Forma.

En efecto, una Cosa es una entidad, todo cuanto existe o cuya existencia se concibe como separada entidad o como un separado objeto de pensamiento.

Toda cosa ha de manifestar forma o sea su estructura y configuración que la distinga del material del que está constituida, es decir, el modo en que se manifiesta a la percepción de los sentidos o a la concepción del intelecto, según sus cualidades, atributos y condiciones y circunstancias que la diferencien de las demás cosas. Por lo tanto, toda cosa ha de tener forma para que los sentidos la perciban o la conciba el intelecto.

El Infinito inmanifestado no puede tener forma ni atributos ni cualidades mientras se halla inmanifestado; pero cuando el Infinito se manifiesta, aparecen las cosas con su respectiva forma y ciertas propiedades, atributos, condiciones y cualidades que distinguen cada cosa de las demás cosas manifestadas.

Es axiomático en filosofía que al Infinito inmanifestado no se le pueden atribuir cualidades ni condiciones ni propiedades que más tarde aparecen en las cosas manifestadas en distinción de las opuestas cualidades, condiciones y propiedades.

En cambio, cabe concebir que el Inmanifestado posee la posibilidad de infinita manifestación de formas, cualidades, condiciones, o propiedades y atributos, o bien que posee la infinita posibilidad de tales manifestaciones.

No es posible concebir al Inmanifestado como una entidad separada e independiente, sino más bien, según dice un antiguo instructor, se le ha de imaginar como un **PRINCIPIO** omnipresente, eterno, ilimitado e inmutable, imposible de que el intelecto humano lo comprenda porque es inconcebible e inefable.

² Prueba de esta verdad es que cuando dormimos profundamente o cuando estamos sin cesar ocupados en una cosa agradable *sin cambiar* de pensamiento o de emoción, perdemos la idea y noción del tiempo. (N. del T.)

Durante el período de la Noche Cósmica nada existe excepto el infinito Inmanifestado, y por consiguiente no existía cosa alguna porque aún no había reaparecido la forma.

Prosigue diciendo el primer aforismo que no existía la acción porque no había cosas que actuaran, y toda acción del Infinito se ha de efectuar en las cosas o por medio de las cosas.

Sin embargo, no se ha de creer que el Infinito es impotente, porque posee todo poder, ni que esté inmóvil, porque es el movimiento abstracto. Expresándonos en lenguaje del intelecto podemos decir que el Infinito en inmanifestación se halla en tan velocísimo movimiento que parece absoluto reposo si se compara con los relativos movimientos.

Sigue diciendo el primer aforismo que no existían los pares de opuestos porque no había cosas que manifestasen polaridad.

En el mundo de las relaciones o universo manifestado, cada cualidad, condición o propiedad tiene su opuesta, su antítesis, como por ejemplo la tenacidad y la fragilidad, la dureza y la blandura, la ira y la paciencia, la soberbia y la humildad, la luz y las tinieblas, lo corto y lo largo, el frío y el calor, la verdad y el error, el bien y el mal, etc., de suerte que no se concibe cualquiera de estas cualidades, condiciones y propiedades si al propio tiempo no se concibe la opuesta.

Algunos pensadores han objetado diciendo que el término “infinito” denota una cualidad, condición o atributo, porque es lo opuesto a “finito”; pero si bien se mira, no hay aquí más que un juego de palabras, pues al decir “infinito” significamos carencia de forma y de condiciones, cualidades y atributos, porque es imposible concebir la única Realidad, la Causa Eterna, el Absoluto con atributos o cualidades relativas.

Finalmente, dice el primer aforismo que la Eterna Causa sin causa, indivisible, inmutable, infinita, permanecía en inconsciente sueño sin ensueños. Nada real ni aparente había fuera de la Causa Eterna.

Es evidente que la Causa Eterna no puede tener causa, pues si la tuviera dejaría de ser eterna, porque hubiese tenido principio y tendría fin, ni tampoco pudo surgir espontáneamente de la nada, porque de la **nada** no es posible que salga **algo**.

También es axiomática la indivisibilidad de la Causa Eterna, porque para ser divisible fuera necesario que estuviese compuesta en partes, y en consecuencia ya no sería una real Unidad. Además lo Infinito no puede dividirse sin perder su infinitud, pues dividido sería una suma de partes finitas cuya totalidad habría de ser también finita.

Por lo tanto, el Absoluto, la única Realidad, la Causa Eterna ha de ser necesariamente uno e indivisible.

De igual modo resulta axiomático que la Causa Eterna es inmutable en esencia, pues aunque se manifieste en infinitud de cosas nunca deja de ser esencialmente lo que de por sí es.

Además, como no posee cualidades, propiedades ni atributos no puede experimentar el cambio resultante de la gradación de un polo a otro, de uno a otro par de opuestos; y como no tiene forma no puede experimentar los cambios resultantes de la variación de las formas.

Por lo tanto, la Causa Eterna, el Absoluto es esencialmente inmutable.

Asimismo es axiomática la infinitud de la Causa Eterna. Ha de ser infinita porque nada hay capaz de limitarla, restringirla, causarla, definirla, influirla o afectarla.

Lo absoluto, ultérrimo, original y elemental no puede tener límite ni estar condicionado por nada. Ha de ser infinito.

Todos los metafísicos y filósofos esotéricos admiten que para explicar intelectivamente el período de inmanifestación es necesario suponer que la Causa Eterna reposaba en “inconsciente sueño sin ensueños”, pues sin cambio no es posible la conciencia ni aún en sueños; y un estado inmutable de conciencia sólo puede expresarse por la palabra inconsciencia.

Sin embargo, no supongamos en modo alguno que el Infinito inmanifestado sea inconsciente en el sentido vulgar de la palabra, o sea de inferioridad respecto de la conciencia ordinaria, sino que por el contrario se halla en un estado de superconsciencia, en el que trasciende y supera toda posible conciencia, con la posibilidad de todas las modalidades y grados de conciencia, pero sin actualizar ninguno de ellos. La conciencia ordinaria es muy inferior a la consciencia del Absoluto. Conviene tener muy presente esta verdad.

Cuando alborea la Manifestación, se dice que entonces y sólo entonces empieza a “soñar” la Causa Eterna en una infinitud de universos que rítmicamente unos a otros se suceden. Y cuando la Causa Eterna despierta completamente de su sueño, actualiza su infinita Conciencia.

También es axiomática verdad que fuera de la Causa Eterna nada había, ni real ni aparente, pues no es posible que haya dos Causas Eternas, dos Absolutos, dos Infinitos, dos únicas Realidades, dos Substancias esenciales e independientes ni nada creado ni procedente de otra Causa, porque era el período de Inmanifestación.

Conviene meditar de nuevo sobre el símbolo del infinito Espacio, si acaso el intelecto se resiste a percibir la evidencia de las verdades enunciadas con referencia al Infinito inmanifestado, aunque es imposible forjar una imagen mental ni del Espacio ni del Absoluto.

Con acierto dice Edgard Allan Poe acerca de los esfuerzos de la mente para concebir el Infinito:

“Esta estéril fraseología y otras análogas expresiones cuyo equivalente existe en casi todos los idiomas no denotan una idea sino el esfuerzo por tenerla. Representan el posible intento de un imposible concepto. El hombre necesitaba un término para indicar la dirección de este esfuerzo, la nube tras la cual está perfectamente invisible el objeto de dicho intento. Se requería una palabra por cuyo medio un ser humano se relacionase con otro ser humano y con cierta tendencia del intelecto. Así nació este término que sólo es la representación del pensamiento de un pensamiento ... Por lo tanto, esta clase de palabras no expresan el concepto que se figura quien las emplea, sino que al emplearlas no hace más que dirigir su visión mental a un punto del firmamento intelectual donde hay una irresoluble nebulosa, sin que se esfuerce en resolverla, pues comprende por instinto no sólo la imposibilidad de resolverla sino la inesencialidad de su resolución con referencia a los propósitos humanos, viendo **cómo** y no exactamente **por qué** está más allá del alcance del entendimiento humano”.

La doctrina secreta de los rosacruces no intenta en modo alguno **definir** la esencia del Absoluto o Causa Eterna, pues de acuerdo con el pensamiento de Espinosa, definir el Infinito equivale a negarlo.

Sin embargo, al no atribuir los rosacruces cualidades, condiciones y propiedades de personalidad a la Causa Eterna no denotan que el Absoluto, la Infinita Realidad esté bajo el nivel de la personalidad, sino que está tan inmensamente más arriba de dicho nivel y tan infinitamente trasciende la personalidad, que es pueril concebirla o expresarla en términos de personalidad.

Afirman eminentes pensadores que la finita inteligencia del hombre es capaz de concebir un estado mental tan superior al del hombre más inteligente como el de éste es superior respecto del de un escarabajo.

Por lo tanto, se comprende que la Mente para la cual sería una bagatela la más culminante inteligencia humana, ha de ser en esencia tan infinitamente superior a la personalidad humana que trascienda todo atributo personal.

El estado del Infinito durante la inmanifestación es inefable porque no hay palabras que lo expresen. Sólo cabe concebirlo simbólicamente por medio

de su único símbolo posible: el infinito Espacio; y aún así sólo cabe concebirlo en términos de negación, porque si inmanifestado es el Absoluto, no puede concebirse con las cualidades de la manifestación; y por esto Hegel lo identifica con la Inexistencia. Por lo tanto, sólo se le puede expresar en términos que expresen la negación de todas las cualidades, condiciones, atributos y propiedades asignadas por los hombres a las cosas, aún a las que más bien *sienten* que *conciben*, porque están en el extremo límite de su potencia mental.

Edwin Arnold, en su hermoso poema: *La Luz de Asia*, ha expresado acertadamente el concepto budista de la incomprensibilidad de la esencia del Absoluto, como sigue:

“¡Aum, Amitaya!. No midas con palabras lo Inmensurable ni hundas la sonda del pensamiento en lo Insondable. Quien pregunta yerra. Quien responde yerra. No digas nada. Enseñan los libros que las tinieblas eran en el principio, y Brahman meditaba solitario aquella noche. ¡No busques allí a Brahman ni al Principio!. Ojos mortales no pueden verle ni a El a luz alguna ni es capaz de conocerlo la mente humana. Levantará velo tras velo y encontrará detrás uno y otro velo”.

Por esto los rosacruces simbolizan la absoluta Esencia del Infinito inmanifestado, en el infinito océano del puro Espacio absolutamente tranquilo y transparente a cuyo través el ojo del intelecto no **VE NADA**; pero que la intuición sabe que lo es **TODO**, la infinita Seidad, la infinita Vida, en vez de la nada y de la muerte.

Aunque los sentidos corporales no pueden percibir al Absoluto ni el intelecto ni la imaginación son capaces de concebirlo y representarlo, la pura razón nos revela su presencia y los superiores informes de la iluminada intuición no dejan duda de su omnipresencia y realidad. Al ignorante y al semisabio les parecerá que el símbolo del Espacio equivale a la nada; pero el verdaderamente sabio y el iluminado, comprenden que simboliza la absoluta plenitud de la única Realidad.

CAPÍTULO III

EL ALMA DEL MUNDO

Dice el segundo aforismo de la doctrina secreta de los rosacruces:

EL GERMEN DEL HUEVO CÓSMICO ASUME FORMA. LA LLAMA SE REENCIENDE. PRINCIPIA EL TIEMPO. EXISTEN LAS COSAS. COMIENZA LA ACCIÓN. SURGEN A LA EXISTENCIA LOS PARES DE OPUESTOS. SE MANIFIESTA EL ALMA DEL MUNDO. APUNTAN POR EL HORIZONTE LOS PRIMEROS RAYOS DEL NUEVO DÍA CÓSMICO.

El Alma del Mundo es la primera manifestación del Absoluto o Causa Eterna. Los rosacruces la simbolizan en un círculo con un punto en el centro. El círculo simboliza el Absoluto inmanifestado y el punto simboliza el foco de la nueva manifestación, el germen del Huevo Cósmico, como poéticamente expresaban esta idea los antiguos ocultistas.

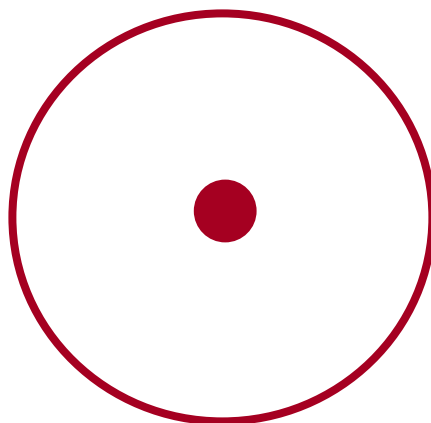
El concepto rosacruciano del Alma del Mundo es análogo al que se halla en las demás escuelas esotéricas, que la denominan *Anima Mundi*, Vida del Mundo, Espíritu del Mundo, Logos, Verbo, Demiurgo; pero todas estas denominaciones expresan el idéntico concepto de que del Absoluto o Infinito Inmanifestado, procede el Alma Universal revestida de la más tenue y sutil forma de materia, que contiene la potencia o latente posibilidad del futuro universo correspondiente al nuevo Día Cósmico o período de manifestación.

Llama también el segundo aforismo rosacruciano al Alma del Mundo, el Germen del Huevo Cósmico, pues se la considera como el tenue germen de un huevo que poco a poco se desenvuelve hasta tomar forma y ponerse en actividad.

El Alma del Mundo es el vitalizador germen del Huevo Cósmico, y este símbolo es antiquísimo y muy empleado por los autores del mundo antiguo. Dice sobre el particular un eminente ocultista:

“¿De dónde proviene este símbolo universal?. En las cosmogonías de todos los pueblos era el huevo un signo sagrado y se le reverenciaba por razón

de su forma y de su interno misterio. Desde los albores del entendimiento humano se consideró el huevo como el más adecuado símbolo del origen y misterio de la existencia. El gradual desenvolvimiento del imperceptible germen dentro de la calcárea envoltura; la interna actuación sin que intervengan fuerzas externas, como si de una latente nada surgiera un activo algo sin otro requisito que el calor, y que convertido en un ser viviente rompe la cáscara y aparece en el mundo externo en plenitud de formación y actividad. ¡Cabe mayor prodigio!.



**Fig. 4. – Símbolo del Alma del Mundo
o Germen del Huevo Cósmico**

Las enseñanzas ocultas explican la razón de esta preferencia por el simbolismo de las razas prehistóricas. La Causa Primera no tuvo nombre en un principio. Más tarde, la imaginación de los pensadores la representó como una siempre invisible Ave que ponía un huevo en el caos, del cual huevo surgía el universo.

Por esto se le dio a Brahma el nombre de Kalahansa o Cisne de la eternidad, que al principio de cada manvántara ponía un huevo de oro, que simboliza el círculo máximo que a su vez simboliza el universo y sus astros siempre esféricos...

“La primera manifestación del universo simbolizada en el huevo, fue muy difundida creencia en la antigüedad, pues la profesaron los griegos, asirios, persas y egipcios. En el ritual egipcio, vemos que Seb, el dios del tiempo y de la tierra, pone un huevo, símbolo del universo. El dios Ra, a semejanza de Brahma, incuba el huevo del universo. En Grecia, el huevo órfico formaba parte de los misterios dionisiacos, y se le consagraba y

explicaba su significado. Los cristianos, especialmente los de las iglesias griegas y latinas, adoptaron este símbolo y vieron en él un recuerdo de la resurrección y de la vida eterna, y de aquí arranca la popular costumbre de los huevos de Pascua. Desde el huevo de los druidas hasta el rojo huevo pascual de los eslavos, transcurre todo un ciclo; y todavía, tanto en la civilizada Europa como entre los salvajes centroamericanos, encontramos la expresión plástica del mismo arcaico y primitivo pensamiento, la original idea del símbolo, si con sinceridad la buscamos sin tergiversarla con nuestra altanera presunción de superioridad mental y física”.

El concepto del Alma del Mundo, a pesar de sus muchas modalidades de expresión, es universal. Las antiguas escuelas filosóficas enseñaron que existía una Alma del Mundo, de la que las almas individuales eran unidades separadas en apariencia, pero no en realidad. Casi todas las filosofías de las antiguas escuelas reconocen la unidad de la Vida, y con distintas y varias expresiones alienta esta fundamental verdad en las modernas escuelas de filosofía.

En la idea del Logos hallamos otra variedad mucho más filosófica de este concepto fundamental. La denominación de Logos prevaleció en la filosofía de Heráclito de Efeso, bajo el aspecto de ley natural del mundo objetivo que ordenaba y regulaba el movimiento de las cosas. También el Logos fue importantísima parte de la filosofía estoica, que lo consideraba como el activo principio del Mundo o Causa universal productora.

Sobre el concepto del Logos dice una autoridad filosófica:

“El Logos es un Ser intermedio entre Dios y el mundo, y está difundido por el mundo objetivo. El Logos no existe de toda eternidad como existe Dios; y sin embargo, su génesis no es de la misma índole que la nuestra ni de las demás criaturas. Es el unigénito de Dios, y para nuestros imperfectos seres es casi como Dios. Creó Dios el mundo por medio del Logos”.

En el filosófico concepto del Demiurgo, vemos otra variante de expresión de la misma verdad. Los platónicos llamaban Demiurgo a una excelsa Potestad de quien Dios se había valido para crear el universo. Era análogo este concepto al del Dios-Naturaleza de otras escuelas filosóficas. Era el Demiurgo la Vida del mundo o Vida universal, de la que son como chispas de llama o gotas del mar las vidas innumerables de las finitas criaturas. Sin embargo, en su verdadero sentido no identificaban los platónicos el concepto del Demiurgo con el de Dios, sino que más bien lo consideraban como la primera manifestación de Dios por cuyo medio creó el universo y lo mantiene.

En varios sistemas filosóficos modernos palpita el concepto de una universal Voluntad, de una primaria manifestación de Dios existente en el corazón de la Naturaleza, que construye y sustenta el universo.

El filósofo inglés Cudworth³ expresó este concepto en su idea de la **Naturaleza Plástica**, de la cual dice:

“No parece muy aceptable que la Naturaleza, como cosa distinta de Dios, no signifique nada, y que el mismo Dios hiciera inmediata y milagrosamente todas las cosas, de donde se inferiría que las cosas se hicieran forzosamente y de un modo artificioso, pero no por la acción de una energía en ellas inherente. Esta idea de la creación repentina fue más tarde impugnada por la de la lenta y gradual evolución de las cosas, que parecería vano aparato o fútil formalidad si el Poder creador fuese omnipotente, así como tampoco tendrían explicación las monstruosidades y fracasos de la Naturaleza cuando tropieza con rebelde y contumaz materia, si en verdad fuese omnipotente el Poder creador, pues podría hacer su obra en un momento sin temor de las terquedades y obstinaciones de la materia”.

“Por lo tanto, ni las cosas surgieron fortuitamente ni por ciego mecanismo de la materia ni es razonable pensar que Dios las hiciera de repente y por milagro, y en consecuencia debemos admitir un principio al que llamo Naturaleza Plástica del que Dios se vale como de instrumento para ordenar y regular el movimiento de la materia. Sin embargo, conjuntamente con esta Naturaleza Plástica ha de haber una superior Potestad que la dirija y corrija sus deficiencias, puesto que la Naturaleza Plástica no puede obrar discreta y selectivamente”.

Schopenhauer afirmó la presencia de un Espíritu Universal cuyo principal atributo es la Voluntad, de quien proceden todos los seres del universo. Se supone que dicho Espíritu Universal está anheloso de manifestarse en existencia fenomenal, y a este anhelo le llama Schopenhauer “voluntad de vivir”. Se le atribuye un carácter más bien instintivo que intelectual, que sirve mejor a sus propósitos de expresión.

Otros filósofos han aceptado con varias modificaciones este concepto de Schopenhauer, que ya siglos antes habían expresado los antiguos filósofos budistas con la idéntica frase “voluntad de vivir” con que denotaban la naturaleza del Espíritu Universal.

³ Raúl Cudworth, nacido en 1617 y muerto en 1688, fue teólogo y filósofo y el más eminente platónico de la escuela de Cambridge, autor de *Verdadero sistema intelectual del universo*. (N. del T.)

Sin embargo, estas filosofías consideran al Espíritu Universal más bien como la Causa Primera que como la primera manifestación de esta Causa.

Análogamente, otros pensadores suponen la existencia de una “Naturaleza Viviente” que se manifiesta y expresa en los innumerables seres del universo, pues nada hay en el universo sin vida, según también afirman los rosacruces.

Pero conviene tener muy presente que en la doctrina secreta de los rosacruces el Alma del Mundo no es el Absoluto, no es la Infinita Realidad, sino tan sólo su primera manifestación de la que proceden y a la que han de volver todas las subsiguientes manifestaciones. El Alma del Mundo no es eterna. Por el contrario aparece y desaparece de conformidad con el ritmo de los Días y Noches cósmicos.

Dice el segundo aforismo que la Llama se reenciende, principia el Tiempo, existen las Cosas y comienza la Acción.

La Luz Oscura vuelve a brillar en Llama por medio del Alma del Mundo y se inicia el nuevo universo. Comienza el Cambio, y por tanto principia el Tiempo, pues el Cambio es la esencia del Tiempo que a su vez es la medida del Cambio. Existen las cosas, es decir, las entidades, o por lo menos existe una cosa, ya que el Alma del Mundo es de por sí una Entidad, una Cosa. Y comienza la Acción porque para desenvolverse el germen del huevo cósmico es indispensable la actividad, el movimiento y el cambio. El Alma del Mundo está en actividad desde su alba hasta su ocaso.

Termina diciendo el segundo aforismo que surgen a la existencia los Pares de Opuestos, nace el Alma del Mundo y despierta a la manifestación, y aparecen en el horizonte los primeros rayos del nuevo Día Cósmico.

Toda cosa está acompañada de los pares de opuestos o cualidades contrarias, por lo que desde el primer aliento del Alma del Mundo comienza la diferenciación y se manifiesta la polaridad de cualidades.

Desde el primer instante de su nacimiento despierta el Alma del Mundo a la actividad de la manifestación, impelida por el ardentísimo deseo de vivir, y de momento se manifiesta instintivamente en formas elementales de vida, y se prepara a más alta y complicada expresión.

Al nacer el Alma del Mundo despunta el nuevo Día Cósmico y prosigue sin interrupción hasta que en cíclica secuencia sobrevienen las sombras de la Noche Cósmica.

Según las enseñanzas rosacrucianas, el Alma del Mundo tiene por cuerpo una envoltura de substancia tan superiormente sutil al éter del espacio como éste lo es respecto del más duro granito. De esta substancia entreteje el

Alma del Mundo todas las envolturas materiales o formas en que han de residir la vida y la conciencia, tanto las formas densas como las sutilísimas lejos de nuestro grosero plano físico.

Según la doctrina de los rosacruces es un error creer que la Causa Eterna creara de la nada el Alma del Mundo y mucho menos que surgiera por división o desaparición de la substancia de la Causa Eterna. Por el contrario, la doctrina rosacruziana sostiene que el Alma del Mundo existe como una **IDEACIÓN** o **PENSAMIENTO** de la Causa Eterna, de la propia suerte que la mente humana puede imaginar la existencia de un ser.

Es el Alma del Mundo la proyección o **SOMBRA** de la única Realidad, pero no la misma Realidad.

Puede considerarse el Alma del Mundo en los albores del Día Cósmico, como el que despierta de un sueño profundo y se esfuerza por reasumir su conciencia. No conoce en un principio lo que es ni que es una ideación de la Causa Eterna. Si pudiera expresar verbalmente su pensamiento diría que siempre existió, pero que estuvo dormida hasta aquel momento. Siente en su interior el ansia de manifestación y expresión instintiva e inconsciente, y esta ansia es propia de su carácter, infundida por la ideación de la Causa Eterna que le dio existencia. Como el niño recién nacido se esfuerza por respirar y mueve sus miembros. A este esfuerzo responde su naturaleza y comienza la actividad de la vida.

CAPÍTULO IV

EL ANDRÓGINO UNIVERSAL

Dice el tercer aforismo:

EL UNO SE DESDOBLA EN DOS. EL NEUTRO SE CONVIERTE EN BISEXUAL, MASCULINO Y FEMENINO, EVOLUCIONADOS DEL NEUTRO. ASÍ COMIENZA LA OBRA DE LA GENERACIÓN.

El Alma del Mundo es un Ser universal bisexual, o sea que combina en sí los elementos masculino y femenino, por lo que la doctrina de los rosacruces le denomina “Hermafrodita Universal” o “Andrógino Universal”.

La palabra hermafrodita significa “un individuo que reúne los dos sexos”. Deriva de los nombres griegos Hermes y Afrodita, en alusión al mito según el cual el dios Hermes y la diosa Afrodita se unieron en un solo cuerpo mientras se estaban bañando con la ninfa Salmacis.

La palabra andrógino también tiene el mismo significado etimológico, pues deriva de las voces griegas **andros** (varón) y **gyne** (mujer) y se aplica asimismo al individuo que reúne los dos sexos⁴.

El concepto de bisexualidad del Alma del Mundo se encuentra en las enseñanzas esotéricas de toda época y país. Formaba parte integrante de los Misterios y su explicación dignificaba, enaltecía y espiritualizaba la función sexual; pero posteriormente pervirtió estas enseñanzas el vulgo excitado por envilecidos sacerdotes y apareció el obsceno culto fálico cuyas huellas se advierten en los tratados antiguos de filosofía y religión.

⁴ Sin embargo, en historia natural se establece una muy señalada distinción entre el hermafrodita y el andrógino, pues aunque ambos reúnen los dos sexos, el hermafrodita puede reproducirse por sí mismo, como por ejemplo las flores que en un mismo pie de planta tienen estambres (órgano masculino) y pistilos (órgano femenino). El andrógino necesita el concurso de otro individuo de su especie para reproducirse, como por ejemplo el caracol. Así es que el hermafroditismo no existe en el reino animal. (N. del T.)

Los rosacruces jamás han apoyado ni favorecido en lo más mínimo el falicismo. Por el contrario, han mantenido siempre viva la llama de las genuinas enseñanzas y han usado su particular símbolo como el distintivo nombre simbólico y emblemático de la Orden.

Para comprender la simbología del Andrógino Universal conviene familiarizarse propiamente con los dos antiguos símbolos del sexo.

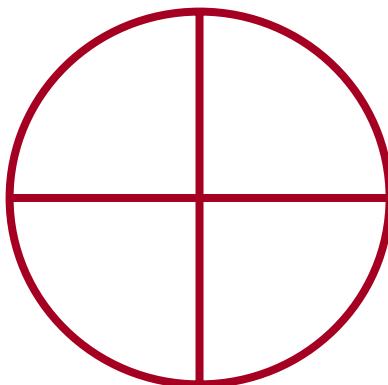


Fig. 5 – Símbolo del Andrógino Universal

En todas las antiguas filosofías y religiones vemos que la cruz es el símbolo del principio masculino y el círculo del principio femenino, de suerte que para representar el Andrógino Universal se combinan de uno u otro modo la cruz y el círculo. Originalmente se colocó la cruz en el interior del círculo; pero después prevalecieron las diversas formas de la Cruz Fálica, entre ellas la de colocar el círculo sobre la cruz y la de substituir la cruz por la letra *tau* T y el círculo por la letra O.

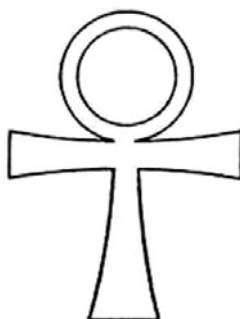


Fig. 6. – Símbolo de la Cruz Fálica

La figura de la esvástica resulta de concebir la cruz en movimiento giratorio tan rapidísimo que parece como si un círculo circunscribiera la cruz.

Este símbolo es sacratísimo para los rosacruces, pues para ellos representa la actividad universal de la creación y el magno misterio de la oculta generación en todos los planos de existencia.

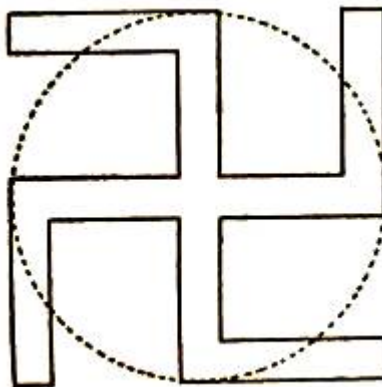


Fig. 7 – Símbolo de la Esvástica

Posteriormente el círculo se transmutó en rosa y la cruz en espada con puño en cruz, que simboliza la mística unión de la Rosa y de la Cruz, de que deriva el nombre de la Orden.

El tercer aforismo insinúa la importantísima enseñanza rosacruciana de la presencia y actividad del sexual par de opuestos en que se fundamenta el secreto de la generación.

En el universo todo están presentes y en operación los dos principios masculino y femenino, ambos de carácter y extensión universal, que denotan opuestos aspectos del Alma del Mundo, y al reaccionar uno en otro producen la creadora actividad y los sucesivos fenómenos del universo.

Ambos principios operan en todos los planos de la existencia, desde el elemental o submineral hasta el angélico, pasando por los mineral, vegetal, animal, humano y superhumano.

Esta afirmación le parecerá muy extraña a quien no esté versado en la sabiduría antigua ni en los atrevidos conceptos de la ciencia moderna; pero no así a quien se haya familiarizado con ambas, pues tanto la sabiduría antigua

como la ciencia moderna reconocen la presencia de los principios masculino o femenino en todos los seres del universo⁵.

Las antiguas enseñanzas afirmaban que el incesante devenir de la evolución creadora necesitaba la reacción subsiguiente a la acción entre las formas opuestas de los elementos masculino y femenino o aspectos del Alma del Mundo, y la ciencia moderna corrobora las enseñanzas antiguas, pues afirma que hay en la naturaleza una actividad estimulante que influye en una fuerza generadora que reacciona sobre aquélla. El átomo que en otro tiempo se consideraba indivisible se supone hoy constituido por cargas eléctricas llamadas electrones o iones que giran con asombrosa rapidez en torno de un núcleo central. Los electrones son de índole masculina o positiva y el núcleo central de índole femenina o negativa. De la acción de los electrones en el núcleo y de la reacción del núcleo en los electrones deriva la generación del átomo, semejante a un diminuto sistema planetario.

Este concepto de la ciencia moderna es análogo al rosacruciano según el cual el polo positivo del magnetismo y la electricidad es masculino y el negativo es femenino; pero los términos de “positivo” y “negativo” se han empleado tan anfibológicamente, que resulta de su empleo mucha confusión. Así se suele llamar “positivo” lo fuerte, recio y activo, mientras que se llama negativo lo débil y pasivo. Lo positivo expresa ordinariamente la idea de *más*, y lo negativo la de *menos*.

Sin embargo, los fenómenos físicos demuestran el error de estas calificaciones, porque, por ejemplo, el polo negativo de una batería es precisamente el en que se producen nuevas modalidades de energía, y así los modernos electricistas le llaman cátodo en vez de polo negativo.

La palabra cátodo es de origen griego y significa “camino descendente”, porque del cátodo de una batería eléctrica surge el enjambre de electrones así como los rayos X. Es el cátodo la madre de todas estas nuevas modalidades de materia que parecen refutar las hipótesis materialistas y develar los antiguos conceptos de la ciencia. El cátodo es el polo femenino y el ánodo el masculino si atendemos a sus respectivas funciones.

También enseña la ciencia moderna que los electrones periféricos del átomo, o cargas de electricidad femenina, se divorcian del núcleo y *viajan* independientemente, por lo que se les ha llamado *iones*, y van en busca de

⁵ **Conviene notar la sutil, pero importantísima diferencia entre sexualidad y sexo. La sexualidad es la presencia de uno de los principios masculino o femenino, y el sexo es el signo o señal externa del respectivo principio. No puede haber sexo sin sexualidad, pero puede haber y en efecto hay sexualidad sin sexo. (N. del T.)**

otro núcleo masculino para crear un nuevo centro de actividad, un nuevo átomo que manifiesta muy diferentes propiedades de las del átomo de donde se desprendieron los electrones. A este nuevo procedimiento químico se le denomina ionización, del que resultan los fenómenos químicos, eléctricos, caloríficos, lumínicos y magnéticos.

La afinidad química no es más que la manifestación de la energía sexual del átomo; y aunque dice la ciencia que los átomos se divorcian y se vuelven a casar, no reconoce todavía que estos fenómenos son manifestación de la universal sexualidad. Las propiedades explosivas de algunas sustancias provienen de la disociación o divorcio de los elementos masculino y femenino de un átomo para unirse respectivamente con los elementos femenino y masculino divorciados de otro átomo, de donde resulta la formación de los diversos cuerpos químicos. Los alquimistas lo reconocieron siempre así y la ciencia moderna corrobora los “sueños” de los alquimistas.

La ciencia ha reconocido por notoria observación la existencia de la sexualidad en los reinos vegetal y animal porque se manifestaba externamente en el sexo, pero no reconoce el mismo principio en el reino mineral porque no se manifiesta externamente en el sexo. Sin embargo, recientes descubrimientos han demostrado que en el fenómeno de cristalización ha de intervenir necesariamente el principio de sexualidad, y en el porvenir quedará demostrado que también interviene el mismo principio en otros fenómenos del reino mineral. Más adelante veremos que asimismo rige en el plano mental el principio de sexualidad, pues por doquiera actúa, porque el universo es bisexual.

La exacta comprensión de este concepto revolucionaría la ciencia y facilitaría la concreción práctica de las ideas que ahora sólo existen en la mente de los más adelantados científicos.

Admitido que todos los fenómenos físicos, emocionales y mentales dependen de la ley de atracción, una vez hayamos descubierto que esta ley deriva del principio de la sexualidad, nos convenceremos de que es sexual toda actividad.

Si el Alma del Mundo hubiese permanecido neutra, no fuera posible la manifestación universal. Fue necesario que apareciera el principio de sexualidad para que comenzara la manifestación por la cual el Uno se diversifica primero en Dos y después este Dos en Muchos, o sea la Unidad en Dualidad y después en Multiplicidad.

CAPÍTULO V EL UNO Y LOS MUCHOS

Dice el cuarto aforismo:

EL UNO SE DIVERSIFICA EN MUCHOS. LA UNIDAD SE CONVIERTE EN DIVERSIDAD. LA IDENTIDAD EN VARIEDAD. SIN EMBARGO, LOS MUCHOS SIGUEN SIENDO UNO. LA DIVERSIDAD SIGUE SIENDO UNIDAD Y LA VARIEDAD IDENTIDAD.

El Alma del Mundo o primera manifestación del Absoluto, se desdobra como hemos visto en los aspectos masculino y femenino, o activo y pasivo, de cuya interacción resulta la diversidad, variedad y multiplicidad de la manifestación universal, aunque todo permanece Uno en esencia.

Los rosacruces simbolizan este proceso de manifestación en un círculo en cuyo interior hay otro menor y concéntrico lleno de puntitos. El círculo mayor simboliza al Absoluto; el menor al Alma del Mundo; y los puntitos los centros de vida y conciencia o focos de manifestación, pues todas las cosas del universo manifestado son expresiones de la única Realidad. Este concepto es fundamental en toda enseñanza oculta. Todos los seres, todas las cosas tienen idéntica esencia; toda vida es una; toda conciencia es una; toda forma es una.

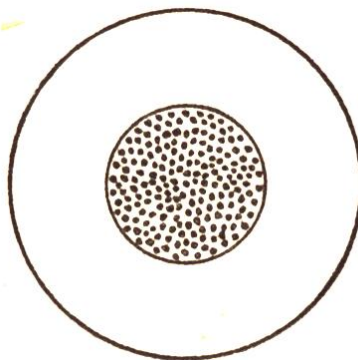


Fig. 8. – Símbolo de la Multiplicidad en la Unidad

Al decir que toda vida es una y sin embargo diversificada en muchas, no damos a entender que la Vida una se divida, fraccione o desmenuce en infinidad de partes para manifestarse multitudinariamente, sino que debe entenderse que se refleja en la infinidad de formas, como el sol, sin dejar de ser uno, se refleja en infinidad de pocillos de agua.

También podemos simbolizar al Absoluto en un infinito Océano de Vida con innumerables burbujas, cada una de ellas aparentemente separada de las demás, pero todas pertenecientes al mismo Océano.

La separatividad es una ilusión, pues todas las cosas en apariencia separadas están contenidas en el Alma del Mundo que a su vez es la primera manifestación del Absoluto.

La ciencia moderna corrobora esta fundamental verdad de la sabiduría antigua en su postulado de la Substancia universal o primordial de la que son manifestaciones todos los fenómenos del universo. De la propia suerte, algunas modernas escuelas filosóficas afirman la existencia de la Mente universal, de la que derivan formas de pensamiento productoras de todos los fenómenos del universo. Asimismo la religión hinduista enseña que la multiplicidad es el resultado del pensamiento o meditación de Brahma, la primera manifestación de Brahman o el Absoluto.

El propósito de la filosofía es descubrir el Fundamento incondicionado y absoluto de todo cuanto existe condicionado y relativo.

Toda filosofía digna de este nombre es esencialmente monística. Así dice una prestigiosa autoridad en la historia de la filosofía:

“Monismo es en rigor un término aplicable a toda escuela filosófica que ve en el universo la manifestación de un solo Principio; y cuando la filosofía no acierta a concebir la unidad en la multiplicidad y la multiplicidad en la unidad se aparta del necesario ideal filosófico. El dualismo es la confesión del fracaso de la filosofía en el cumplimiento de su tarea”.

Consideremos ahora el proceso de manifestación tal como está enunciado en el cuarto aforismo rosacruciano.

Por doquiera vemos en nuestro alrededor la obra de la evolución. Pero muy bien saben los ocultistas que a toda evolución precede la involución, desconocida o desdeñada por la ciencia moderna, aunque se nota un rudimentario concepto de ella en la frase de un moderno filósofo, que dice: “No es posible educir de una cosa lo que previamente no esté envuelto en ella”. En el fondo este concepto es el mismo que expresa el antiguo aforismo: “Todo lo evolucionado debe haber estado antes involucionado”.

Las enseñanzas esotéricas nos dicen que antes de comenzar el admirable proceso de la evolución de las simples a las complejas y de las inferiores a las superiores formas de manifestación, debió haber un período de involución o infusión del Alma del Mundo en las diversas modalidades de materia elemental.

El Alma del Mundo se infundió en la materia elemental cuya densidad fue aumentando hasta llegar a su máximo extremo en unas formas muchísimo más densas que el más denso mineral hoy conocido; y aunque dichas formas desaparecieron de nuestro planeta todavía subsisten en otros planetas.

Al llegar la involución del Alma del Mundo al punto máximo de densidad de las formas materiales interviene la ley del ritmo y se manifiesta el primer impulso evolutivo. Entonces se constituyen los individuales y aparentemente separados centros de conciencia y actividad en que va expansionándose la reflejada Alma del Mundo con propósito de manifestarse por medio de la forma.

Los más sencillos centros de actividad que conocen los ocultistas son los átomos de cuyo agrupamiento resultan las moléculas y del de éstas las masas de los cuerpos químicos minerales. Los átomos poseen mente, que no se manifiesta de una manera notoria porque se lo impide la relativa compactidad y densidad de la forma de que son parte.

Prosigue la evolución, pero no en línea recta, sino en línea espiral, y cada espira está en un nivel superior al de la anterior, de modo que todas las cosas evolucionan cíclicamente. A su debido tiempo aparecieron los primeros indicios del reino mineral cuyas formas son algo menos densas que las de máxima densidad, y comienzan a dar señales de vida y mente. Más tarde aparecen los rudimentos del reino vegetal, cuando la temperatura del globo terrestre era tan alta que vulgarmente parecería imposible la vida. Dichas formas rudimentarias eran el anillo de tránsito del reino mineral al reino vegetal, pues participaban de las características de ambos reinos, ya que se reproducían por división o fragmentación como los cristales y crecían por intususcepción como los vegetales. Estas formas estaban compuestas de las mismas sustancias de los cristales de que evolucionaban, aunque con mayor grado de vida y mente.

Estas extrañas formas han desaparecido como todas las que sirvieron de anillo de tránsito o de puente en el transcurso de la evolución; pero dejaron su huella en los cuerpos o formas de vegetales y animales, porque estas formas están constituidas por elementos químicos tales como oxígeno, nitrógeno,

hidrógeno, carbono, azufre, fósforo, hierro, calcio, sodio, cloro y otros de menos importancia, pero todos necesarios.

Los antiguos instructores enseñaron que la primera forma de vida del reino vegetal tenía aspecto de cristal y fue el ascendiente de los actuales angiosporos o ínfimas formas de la vida vegetal.

La evolución está determinada por el incesante esfuerzo de la vida en manifestarse más ampliamente y moldear las formas materiales necesarias para su expresión. De este modo apareció el protoplasma o fundamento físico de las vidas vegetal y animal. Del protoplasma evolucionaron los protozoos u organismos unicelulares que vivieron en el limo de los antiguos océanos.

Después aparecieron las formas constituidas por colonias de células y sucesivamente otras organizaciones celulares cada vez más complejas hasta llegar al hombre primitivo que poco a poco fue progresando emocional y mentalmente. Pero el hombre de hoy día es una etapa del proceso de la evolución y le sucederá en el porvenir el superhombre.

Recordemos que entre las innumerables formas en que alienta la vida, desde la célula hasta el serafín, no hay real separación, porque toda Vida es esencialmente una y es la Vida del Alma del Mundo.

CAPÍTULO VI LA UNIVERSAL LLAMA DE VIDA

Dice el quinto aforismo de la doctrina de los rosacruces:

EL UNO ES LA LLAMA DE VIDA. LOS MUCHOS SON LAS CHISPAS DE LA LLAMA. UNA VEZ ENCENDIDA LA LLAMA ENCIENDE TODO CUANTO CAE DENTRO DE SU ESFERA. EL FUEGO ESTÁ POR DOQUIERA Y EN TODAS LAS COSAS. NADA HAY OSCURO NI FRÍO DENTRO DE SU ESFERA.

La Vida del Alma universal es la vida de todo cuanto existe dentro de su esfera de influencia.

El concepto del Alma del Mundo como una ígnea Llama que vivifica por doquiera el universo, está simbolizado por los rosacruces en un círculo lleno de llameante fuego.

En todas las enseñanzas ocultas ha sido siempre símbolo de la Vida el Fuego llameante que enciende cuanto está sujeto a su influencia y sin embargo permanece inextinguible y sin disminución en su esencia.

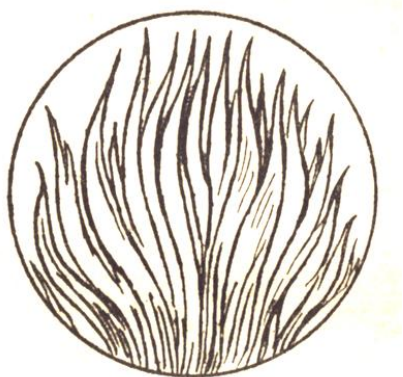


Fig. 9 – Símbolo de la Universal Llama de la Vida

En efecto, la Llama es el más apropiado símbolo que de la Vida cabe imaginar, pues aunque la Llama permanezca siempre la misma, no está ni dos segundos constituida por las mismas partículas, esto es, que aunque la Llama sea siempre esencialmente la misma está relacionada con la continuar aparición y desaparición de innumerables partículas de materia que enciende en chispas y después se consume en la combustión.

Así sucede con la Vida Universal del Alma del Mundo, que persiste inalterada en esencia y sin embargo se manifiesta incesantemente en multitud de formas que aparecen, desaparecen y otras nuevas las substituyen en continua sucesión.

En otro tiempo la ciencia clasificaba los seres de la naturaleza en animados e inanimados. Entre los primeros comprendía los reinos humanos y animal y entre los segundos los reinos vegetal y mineral; pero más tarde se convenció de que también los vegetales están animados, y hoy día se va convenciendo de que nada hay inanimado en el universo, tal como siempre afirmaron los ocultistas, pues toda forma natural posee en mayor o menor grado vida y conciencia.

El cambio de opinión de la ciencia en este punto está expresado por Lutero Burbank, el mago de la horticultura, en el siguiente pasaje:

“Todas mis investigaciones me han llevado al convencimiento de que en vez de un universo inerte de por sí y movido por diversas fuerzas, es el universo todo energía, vida, alma, pensamiento o cualquier otro nombre que se dé a la idea de actividad. Todas las formas materiales, desde el átomo al sol, están constituidas por unidades de energía que a su vez obedecen a otras energías superiores... El universo no está medio muerto sino enteramente vivo”.

Salceby, en su obra sobre la evolución, lleva a sus lógicas conclusiones la hipótesis de Herbert Spencer, y dice sobre el particular:

“La vida reside potencialmente en la materia, pues la energía vital no es algo único y creado en un tiempo pretérito. Si la evolución es verdad, la materia animada debe de haber evolucionado por natural proceso de la materia en apariencia inanimada. Y si la vida está potencialmente en la materia resulta mil veces más lógico que la mente es potencial en la vida. Los evolucionistas creen que la mente es potencial en la materia. La célula microscópica que ha de llegar a ser un hombre, tiene en sí el germen de la mente; por tanto, lógico es inferir que también este germen mental está presente en los átomos de los elementos químicos constitutivos de la célula, y no sólo en los átomos sino en cada uno de los electrones del átomo. Así se comprueba la sublime verdad

percibida por Espinosa de que la materia y la mente son la trama y la urdimbre de lo que Goethe llamó la vestimenta de Dios. Ambas son complementarias expresiones de la única Realidad que a las dos contiene”.

Por otra parte dice Flamarión:

“El universo es un dinamismo. La vida misma, desde la más rudimentaria célula hasta el más complicado organismo es un movimiento dirigido por una fuerza gobernante. La materia es de por sí una palabra sin significado a pesar de que los materialistas la consideran como el origen de todas las cosas. El universo es un magno organismo gobernado por un dinamismo psíquico. La vida centellea a través del átomo, y no sólo viven el hombre, los animales y los vegetales sino también los minerales”.

En su obra titulada: ***El enigma del universo***, a que algunos han denominado Biblia del materialismo, dice Haeckel lo siguiente, que por de él tiene mayor significado:

“No puedo imaginar el más sencillo fenómeno físicoquímico sin atribuir el movimiento de los átomos a una sensación inconsciente.

“La afinidad química consiste en que los diversos elementos químicos perciben las cualitativas diferencias de otros elementos y experimentan sensaciones de atracción o repulsión. Así las sencillas modalidades de sensibilidad que observamos en el reino vegetal y en los animales inferiores están relacionadas por una larga serie de etapas evolutivas con las rudimentarias modalidades sensorias que denota la afinidad química”.

Pero no sólo corrobora la ciencia teóricamente el concepto de la universalidad de la Vida mantenido por las enseñanzas esotéricas de toda época. También lo confirma experimentalmente al formar cristales sintéticos análogos a los que en la naturaleza sirven de anillo de tránsito entre los reinos mineral y vegetal. Dichos cristales son tenues formas geométricas constituidas por una delgada capa silícea que encierra una gota de plasma de consistencia gelatinosa. Estos cristales son tan microscópicos, que millares de ellos caben en la punta de un alfiler, y a pesar de su aspecto de cristales tienen vida y realizan todas las funciones vitales.

Los cristales nacen, crecen y pueden morir por los efectos de la electricidad o de agentes químicos, y algunos investigadores han descubierto en ciertos cristales indicios del principio sexual.

El cristal se forma de un líquido de la madre y su masa se constituye de conformidad con un definido modelo o arquetipo, tan fielmente como las formas vegetales y animales, de modo que es evidente en el cristal la creadora actividad.

Antiguamente enseñaba la ciencia académica que los cristales crecían por yuxtaposición o sea de fuera adentro, mientras que los vegetales y animales crecen por intususcepción o de dentro afuera; pero hoy día se ha comprobado que también los cristales crecen por intususcepción y pueden reproducirse por separación o división como las formas inferiores de los reinos vegetal y animal.

Por otra parte, la ciencia ha comprobado que los metales se fatigan y pierden sus propiedades, pero que las recobran después de un período de descanso, según se infiere de los experimentos realizados con las navajas de afeitar, las máquinas herramientas de los talleres, los telares de las fábricas, los electromotores y máquinas de vapor, que funcionan más desembarazadamente después de un día de descanso.

Asimismo se ha comprobado que los metales responden a los estímulos exteriores, que están sujetos a enfermedades, que es posible envenenarlos y contrarrestar el veneno con el correspondiente antídoto. La misma posibilidad de enfermar se ha observado en las vidrieras de las catedrales cuyos vidrios se corroen y se transmite la corrosión por contagio de ventanal en ventanal.

El profesor J. Chunder Bose, de la Universidad de Calcuta, realizó sobre el particular concluyentes experimentos cuyo resultado expuso en la obra titulada: ***Respuestas de lo animado y lo inanimado***.

Ha demostrado Bose que los metales responden a las excitaciones externas de manera semejante a las respuestas que en iguales casos dan los seres vivientes, así como también manifiestan un estado parecido al sueño del que despiertan para reanudar su actividad.

Otros experimentos realizados por el doctor Carlos Bastian, de Londres, demuestran la posibilidad de que un ser animado proceda de otro de los que hasta ahora se consideraban inanimados, pues obtuvo de un líquido completamente claro, motas negras que se transmutaron en bacterias.

También el profesor Burke, de la universidad de Cambridge, ha obtenido de un caldo esterilizado con cloruro de radio, microbios que se reprodujeron por subdivisión.

Las revistas científicas de hace algunos años publicaron el relato de los experimentos llevados a cabo por un químico alemán con sales metálicas sometidas a una corriente eléctrica, de lo que resultó el agrupamiento en el cátodo de las partículas de la sal en forma de hongo, con todas las características de este vegetal, incluso el sistema de alimentación y crecimiento.

Así vemos que la ciencia moderna no tendrá más remedio que reconocer la verdad siempre afirmada por las enseñanzas esotéricas, de que nada hay inanimado en el universo, que todo vive aunque parezca sin vida, y que todo poder dimana del poder de la voluntad.

La afirmación de los materialistas de que la vida y la mente son cualidades de la materia se ha de invertir para que resulte verdadera, diciendo que la materia es la envoltura o medio de manifestación del alma con su vida y su mente, que todas las formas materiales están en diverso grado animadas por la vida y la mente.

El concepto materialista es la invertida pirámide del error. El concepto ocultista es la enhiesta pirámide de la verdad asentada en la Roca de los Siglos que nada ni nadie podrá conmover ni descuajar.

CAPÍTULO VII PLANOS DE CONCIENCIA

Dice el sexto aforismo de la doctrina secreta de los rosacruces:

ASÍ COMO LA VIDA ES LA ESENCIA DEL ESPÍRITU, ASÍ LA CONCIENCIA ES LA ESENCIA DE LA VIDA. EL ESPÍRITU ES UNO, Y SIN EMBARGO SE MANIFIESTA EN MUCHAS MODALIDADES DE CONCIENCIA, AUNQUE TODAS ELLAS PUEDEN RESUMIRSE EN SIETE GRUPOS PRINCIPALES LLAMADOS PLANOS, A SABER: 1º. ELEMENTAL; 2º. MINERAL; 3º. VEGETAL; 4º. ANIMAL; 5º. HUMANO; 6º. SUPERHUMANO; 7º. DIVINO.

El concepto de la Vida Consciente manifestada en siete distintos planos tiene por símbolo rosacruciano una cadena de siete círculos entrelazados, dentro de otro círculo mayor.

Es evidente que la Vida es la esencia del Espíritu, pues no se concibe un Espíritu muerto. Muerte y Espíritu son términos contradictorios.

Asimismo la conciencia es la esencia de la vida, pues no se concibe la vida sin conciencia de que vive, y esta conciencia está manifestada por la mente, de modo que el grado de mentalidad corresponderá al grado de manifestación y expresión de la conciencia y por tanto de la vida.

La conciencia puede definirse o al menos explicarse diciendo que es el atributo de recibir impresiones del exterior y responder a ellas. Por consiguiente, también los minerales tienen conciencia, puesto que viven, según se ha demostrado experimentalmente. Todo cuanto vive es consciente, y como quiera que todo vive, todo es consciente.

Sin embargo, no caigamos por incompleto conocimiento en el error de creer que la idea de conciencia se contrae a sus aspectos superiores en que el individuo se conoce a sí mismo y conoce en mayor o menor grado el mundo externo.

Muy difícil es definir lógicamente la idea de conciencia, porque como toda idea simple es indispensable experimentarla, pues su sencillez no admite término de comparación.

Afirman los rosacruces que la conciencia se manifiesta en siete planos entrelazados cada uno de ellos con sus dos adyacentes; y cada plano está subdividido en siete subplanos y cada subplano en siete resubplanos, y así sucesivamente hasta lo indefinido.

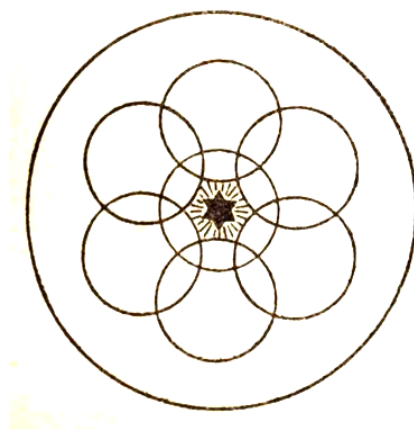


Fig. 10. – Símbolo de los Siete Planos de Conciencia

I. Plano Elemental

En este plano se manifiesta la conciencia en las acciones y reacciones de los elementos constituyentes de la materia o sean los electrones y otras partículas aún más pequeñas que la ciencia no ha descubierto todavía, de índole más sutil que la física, por lo que la llama esencia elemental.

Nos informan los investigadores científicos de que las diversas modalidades de la energía física, manifestadas en electricidad, luz, calor, magnetismo, sonido y movimiento, provienen de la mayor o menor rapidez de las vibraciones de la materia y la energía. Estas vibraciones están determinadas por el movimiento de las partículas materiales que a su vez proviene de la atracción y repulsión entre las partículas que manifiestan en su **gusto** por unas y su **disgusto** por otras una conciencia elemental o sea rudimentaria.

En el plano elemental se efectúan muchas operaciones que al vulgo le parecen “mágicas”, pero cuya verdadera índole conocen los ocultistas, quienes mueven la materia, no por la acción de la energía física dirigida por su mente

y voluntad, sino relacionando su conciencia individual con la rudimentaria conciencia del átomo.

En los siete subplanos del plano elemental hay fenómenos y manifestaciones de todo punto ignorados de la ciencia y de los profanos, y sólo conocidos de los ocultistas, quienes los han estudiado detenidamente.

II. Plano Mineral

En este plano se manifiesta la conciencia en las atracciones y repulsiones de las masas de materia. Así las moléculas de un trozo de acero no están compactamente unidas por la acción de alguna fuerza extraña a ellas, sino por la peculiar fuerza de cohesión inherente a su naturaleza; y de la propia suerte que por esta fuerza de cohesión quedan mutuamente atraídas las diminutas masas de materia llamadas moléculas, quedan atraídas por la fuerza de gravitación las enormes masas de los astros de un sistema planetario.

En el subplano superior del plano mineral se observa la cristalización de las partículas minerales en determinadas formas geométricas, cuyo número llega a treinta y dos, distribuidas en seis sistemas, y son el resultado u operación de la rudimentaria conciencia de los átomos, porque el Arquitecto, el Constructor del universo, se vale de la rudimentaria conciencia, expresión de la vida residente en la material forma del átomo, como se vale de la conciencia y la vida en grado superior manifestada en la forma humana.

El estudio de la cristalografía o ciencia que trata de la forma, estructura y propiedades de los cristales abrirá nuevos y más amplios horizontes a la mente del profano y le dará un atisbo del taller del Constructor Universal. No en balde dijo Platón que Dios geometriza, y antes había dicho Pitágoras que el universo está sujeto a peso, número y medida.

Conviene advertir que en el universo, esto es, en otros planetas del sistema solar, hay minerales mucho más densos que el espato pesado y otros más ligeros que la esteatita o jabón de sastre.

III. Plano Vegetal

En este plano se manifiestan las acciones y reacciones de las células vegetales cuya conciencia, aunque también rudimentaria respecto de la humana, no lo es tanto como la del átomo, y son más notorias sus manifestaciones.

En el subplano inferior del plano vegetal encontramos plantas que apenas se distinguen de las formas superiores de la vida mineral, de suerte que es imposible trazar una línea definitivamente divisoria entre el plano mineral y el vegetal, cuyo anillo de tránsito está constituido por las diatomas o plantas unicelulares cuya membrana celular está impregnada de sílice, que les da aspecto de cristales.

En 1886, el profesor Van Schrom, al observar con un potente microscopio el bacilo del cólera, notó que formaba pirámides dobles, con todo el aspecto de cristales, dotados de movimientos al parecer conscientes.

De este experimento infirió que todos los bacilos podrían formar cristales vivientes, y así lo confirmaron ulteriores experimentos.

Los cristales bacterianos están compuestos de materia albuminosa homogénea, al principio sin color ni estructura, y al cabo de algún tiempo pierden sus propiedades bacterianas y parecen inanimados, aunque una fuerza interna, semejante a la vital, los impele a tomar configuración geométrica. Y a la par de esta fuerza interna semejante a la vital de los vegetales, poseen las características de los cristales, como la refracción y polarización de la luz.

Nadie es ya capaz de negar la vida en los vegetales, aunque la ciencia académica les niegue conciencia e inteligente actividad.

Pero muy notables investigadores discrepan de la opinión oficial y han comprobado en sus experimentos de laboratorio la conciencia e inteligente actividad de las plantas.

Dice sobre el particular el doctor Bieser:

“El fenómeno de adaptación fisiológica, que mejor pudiera llamarse psicológica, es la más concluyente prueba de la presencia de la vida en todas las formas materiales. La adaptación es el arma con que cada organismo viviente lucha contra las fuerzas adversas a su natural condición, es decir, que al adaptarse un organismo al ambiente en que se halla, obedece a las leyes naturales en vez de contravenirlas. La más perfecta máquina automática no tiene vida porque no puede adaptarse a las mudanzas del ambiente”.

Al considerar la conciencia vegetal, los autores dividen su manifestación en tres clases, conviene a saber: **Trofosis** o actos correspondientes a la nutrición; **Neurosis** o actos correspondientes a la sensibilidad; y **Psicosis** o actos correspondientes a la mentalidad.

La trofosis se manifiesta en todos los vegetales, pues aún los unicelulares se nutren por alimentación tomada del exterior con que reponen sus desgastes.

En los actos de nutrición se manifiesta la vida y cierto grado de consciente actividad, pues **conoce** la planta lo conveniente y lo nocivo para su nutrición, con la significativa particularidad, ya reconocida aunque no explicada por los agrónomos, de que cuando la planta se ha asimilado la necesaria cantidad de sustancias nutritivas, las raíces se inhiben y ya no absorben más.

Este curiosísimo fenómeno no puede explicarse por la acción de las fuerzas físicoquímicas, pues siendo las raíces materialmente porosas, debieran absorber indefinidamente las aguas nutritivas para derramarlas en el torrente circulatorio de la savia; pero desde el momento en que sin dejar de ser porosas, ya no absorben precisamente cuando el vegetal tiene bastante nutrición, demuestra esta inhibición inteligente actividad, es decir, que el vegetal **conoce** que ya no necesita más elementos nutritivos.

La neurosis se manifiesta en los vegetales de cierta categoría en la escala de la evolución, que si bien no poseen sistema nervioso de la índole de los animales, están dotados de células capaces de sensibilidad siquiera rudimentaria. Así la por lo mismo llamada sensitiva, algunas especies de orquídeas y otras plantas denotan sensibilidad rudimentaria, que forzosamente implica cierto grado de conciencia e inteligente actividad.

Todavía en más altos peldaños de la evolución vegetal encontramos plantas que manifiestan notorias psicosis o actos correspondientes a la mentalidad.

Sobre este importante punto dice el profesor Bieser:

“Esencialmente es la misma la inteligencia del vegetal, del animal y del hombre, aunque difieren enormemente en grado. Aún en los hombres varía el grado de inteligencia, porque unos individuos ven más claramente sus necesidades y viven en más favorables circunstancias”.

Por otra parte dice el Dr. J. E. Taylor, prestigiosa autoridad en la psicología de las plantas:

“Se les niega generalmente conciencia e inteligencia a los vegetales porque ni aún en las especies superiores descubrimos sistema nervioso que pueda servir de receptor y transmisor de sensaciones, como en el caso de los ganglios y cerebro de los animales superiores. Pero tengamos en cuenta que tampoco poseen sistema nervioso los protozoos, y sin embargo sienten y perciben y tienen conciencia rudimentaria a la que los naturalistas llaman instinto”.

Al tratar Darwin de la extrema sensibilidad de la punta de las raíces vegetales, dice:

“No es exagerado afirmar que la punta de la raíz de un vegetal actúa lo mismo que el cerebro de los animales superiores”.

Añade el profesor Cope:

“Podemos comprender que por el parasitismo u otros medios de vivir sin esfuerzo, no sería necesaria la adopción de nuevos y más hábiles movimientos y no fuera posible el despertar de la conciencia. Al continuo reposo acompañaría la inconsciencia. Tal sucedería en el reino vegetal”.

El Dr. J. C. Arthur, en su interesante obra: *La Sagacidad y moralidad de las plantas*, dice lo siguiente:

“He tratado de demostrar que todo organismo, aun el más simple, vegetal o animal, por la índole de su vida, y la lucha que para vivir sostiene, debe estar dotado de sentimiento conciente cuyas más sencillas expresiones son el placer y el dolor”.

“Refiérese que en la isla de Java, al pasar por un matorral de plantas sensitivas, se inclina profundamente y después vuelve a su estado de inmovilidad”.

“La célula es la base de la vida en vegetales y animales indistintamente, y la primera modificación que observamos es la del curioso animal llamado ameba, en el que no podemos menos de advertir un rudimento de conciencia. Sin embargo, su estructura no difiere de la de los vegetales inferiores en cuyos tejidos se notan movimientos muy parecidos a los de la ameba”.

“También podemos observar las costumbres e inteligentes movimientos de los zoosporos de las algas y la locomoción de los anterozoos de los musgos, líquenes y helechos. No hace muchos años se clasificaban entre los animales estos órganos de la vegetación y nadie dudaba entonces de que tenía conciencia e inteligencia”.

“Muy notorios son los gustos y repugnancias de los vegetales, pues se ha observado que una planta no medra o se achaparra en la contigüedad de otra, y recobra brío y lozanía si se transplanta la vecina y se arraiga otra en su lugar, como si a la que medraba le disgustaría la vecindad. Otros fenómenos de psicosis son de tal índole, que si los efectuara en hombre se calificarían de buenas y malas acciones”.

“No hay virtud ni vicio que no tenga su análogo en las acciones del reino vegetal. En este respecto muy poca diferencia han observado los investigadores entre los vegetales y los animales inferiores”.

Una de las más elementales manifestaciones de la conciencia vegetal es el sentido de la gravedad, o sea el conocimiento que denota la planta de que ha de dirigirse hacia arriba en su crecimiento.

Si plantamos una semilla con los cotiledones invertidos, el del tallo dará la vuelta hacia arriba para brotar y el de la raíz dará la vuelta hacia abajo para arraigar en el suelo. Los experimentos sobre el particular han demostrado que este sentido de la dirección es de naturaleza análoga a la de los sentidos de los animales inferiores.

Además del sentido de la dirección, tienen las plantas en sentido de la humedad, que las incita a buscar el agua, y el sentido de la luz que las mueve a crecer opuestamente a la oscuridad, como sucede en las patatas almacenadas en una bodega, que al germinar crecen los tallos en dirección de una rendija de la pared por donde entra un tenue rayo de luz.

El sentido del gusto se manifiesta en varios fenómenos de la vida vegetal, pues la planta es capaz de distinguir entre las sustancias, las convenientes a su nutrición, y absorber de cierto número de ellas contenidas en los abonos, la que mayormente necesitan en determinado período de su vegetación.

Hay plantas insectívoras que en cuanto un insecto díptero se posa en una hoja, se arrolla ésta como un cucurucho y aprisiona y mata al insecto cuya exprimido cadáver después arroja. Lo más significativo de este fenómeno es que si se coloca sobre una hoja de la planta una diminuta piedra, un granito de arena, una pelusilla, algo que en tamaño, peso y consistencia dé la misma sensación que el insecto, la hoja no se mueve, como si conociera y supiese distinguir entre el insecto vivo y su artificioso remedo.

Otras plantas son muy sensitivas a la luz, como por ejemplo el girasol, dondiego de día y dondiego de noche, que abren o cierran o mueven las corolas de sus flores en sincronismo con los rayos de luz.

Se creyó un tiempo que este movimiento provenía de la acción química de la luz en la corola de las plantas; pero recientes experimentos han demostrado que colocada la planta en un paraje oscuro continúa por algunos días efectuando los mismos movimientos sin recibir la influencia de la luz, lo que demuestra la influencia de un hábito contraído, y sin mentalidad y conciencia no es posible contraer un hábito, aunque mente y conciencia se inhiban después de contraído.

Los experimentos de Lutero Burbank nos dan ejemplo de como las plantas se adaptan al cambio de las condiciones de su ambiente y se aprovechan de las ventajosas al paso que rechazan las perjudiciales, todo lo cual requiere conciencia y mente, esto es, la comprensión en algún grado del mundo circundante.

Todo el que estudia prácticamente botánica sin ideas preconcebidas no puede menos de observar en la vida vegetal fenómenos comprobatorios de la rudimentaria pero positiva mentalidad conciente de las plantas.

IV. Plano Animal

De nuevo vemos que no hay definida línea divisoria entre los distintos planos de conciencia, como no la hay entre la luz del día y la obscuridad de la noche. De la propia suerte que la conciencia mineral se traslapa con la vegetal, así la vegetal con la animal.

Es imposible distinguir por somera observación las formas inferiores del reino animal de las del reino vegetal. Algunas formas que antiguamente la ciencia asignaba al reino animal, se ha comprobado que son vegetales; y viceversa, algunas formas que se consideraban vegetales han demostrado su naturaleza animal.

Los ocultistas reconocen que estas discutidas formas pertenecen al subplano de conciencia en que se traslapa el vegetal con el animal.

La conciencia animal se extiende en una prolongadísima gama que abarca desde el organismo unicelular residente en las profundidades del océano hasta las superiores formas de los cuadrúmanos; pero cada animal, según su especie, posee suficiente grado de inteligencia para adaptarse al ambiente y satisfacer sus necesidades.

Tanto la ciencia académica como las enseñanzas ocultas afirman que la vida animal se originó en las profundidades del océano en forma unicelular, cuyo más notorio ejemplar es la mónera, que vive en el agua y tiene el aspecto de una gota de gelatina, aunque está constituida por substancia protoplásmica sin órganos de ninguna clase. No obstante, efectúa las funciones de nutrición, relación y reproducción análogamente a los animales superiores. Todo el cuerpo de la mónera es capaz de asimilarse el alimento aunque carece de aparato digestivo y de absorber oxígeno sin necesidad de aparato respiratorio. Envuelve a su presa con tanta seguridad como una gota de gelatina envolvería a un mosquito y se asimila la substancia de lo que le sirve de alimento, con la particularidad de que ella misma elabora los jugos necesarios para la digestión.

Se mueve la mónera prolongando un punto de su cuerpo en forma de pie, y cuando llega al paraje que le conviene, retrae la prolongación y recobra su ordinaria forma.

En sus funciones de relación busca el alimento que le falta y elude hábilmente la persecución de sus enemigos. Posee cuanta mentalidad necesita.

Sigue en la escala zoológica la ameba, también unicelular, pero con rudimentos de organismo, pues tiene un núcleo y además una cavidad interna que le sirve de aparato digestivo y está recubierto su cuerpo por una tenue capa a manera de piel.

La mónera y la ameba se parecen notablemente en su constitución a las células del organismo humano.

Las células del tejido muscular, óseo, adiposo y conjuntivo se parecen a la mónera, y las células o glóbulos blancos del tejido sanguíneo se parecen a la ameba, por lo que se les llama también ameboides, pues como la ameba cambian continuamente de configuración y no están quietos ni un instante.

Las células constituyentes de los complejos organismos animales actúan como si fuesen seres dotados de mente y conciencia, pues efectúan solidariamente el trabajo que a cada grupo le corresponde en la vida del organismo, y lo realizan siempre de conformidad con el plan establecido para el normal funcionamiento de cada órgano.

Cuando por herida o contusión sufre daño el organismo o cuando por alguna circunstancia se infecta un punto cualquiera, las células acuden presurosas a remediar el daño, combatiendo contra los gérmenes patógenos desarrollados por la herida, golpe o infección. Si las células no logran vencer al enemigo, acuden en su auxilio otras más potentes que estaban de reserva, y si no basta el refuerzo, todavía hay otra reserva que se moviliza en casos de extrema necesidad. Tal es la acción de los leucocitos, linfocitos y células gigantes.

Las células de los tejidos que forman los órganos, elaboran todos los humores, jugos y líquidos necesarios para la digestión, así como las secreciones internas.

Las células elaboran la saliva, el jugo gástrico, los jugos intestinales, la bilis y la hiel, las células renales extraen de la sangre los desechos que expulsa la orina; las células dérmicas elaboran el sudor cuya constitución y efecto son análogos a los de la orina; las células rojas de la sangre sirven de vehículos para transportar el oxígeno por las arterias y los desechos por las venas. En suma, cabe decir que la vida fisiológica de un complejo organismo animal es la resultante de la vida consciente de millones de millones de microscópicas formas individuales.

La consideración de estos fenómenos biológicos no puede menos de allegar el convencimiento de que el llamado instinto no es más que una

palabra inventada por el observador superficial y prejuicioso para disimular la ignorancia de la realidad.

La acción de las células denota inteligencia y discernimiento y por tanto mente y conciencia en el grado necesario para el cumplimiento de su obra, y de ello cabe inferir que todo animal, desde el ínfimo al superior en la escala zoológica, posee el grado de mentalidad consciente que corresponde a la satisfacción de sus necesidades según la especie a que pertenece y la etapa de evolución en que se encuentra.

Después de la mónera y la ameba siguen los infusorios, caracterizados por tener sutiles filamentos vibrátiles que les sirven de órganos de prensión y locomoción. Estos filamentos son permanentes y representan el inicio de las extremidades torácicas y abdominales que más tarde aparecen en los animales superiores.

También poseen los infusorios rudimentarios aparatos digestivo y respiratorio.

Las esponjas, los pólipos corales, la estrella de mar, el erizo marino, los anélidos, arácnidos, insectos, peces, reptiles, aves y mamíferos, cuyas respectivas descripciones pueden hallarse con todos sus pormenores en un buen tratado de zoología, son los diversos órdenes del reino animal, cuyos individuos de todo género, familia, especie y variedad denotan conciencia mental y en algunos casos hasta moral, según nos refieren los sagaces observadores de la vida y costumbre de los animales cuyo relato ocuparía varios volúmenes de centenares de páginas, por lo que remitimos al lector a las obras publicadas sobre tan interesante tema y en especial a la del famoso entomólogo Fabre.

V. Plano Hominal

En este plano, el del reino hominal, llega la conciencia al grado superior en que se puede manifestar en el mundo terrestre por los seres humanos que aún no han llegado a la meta señalada en el presente ciclo de evolución, aunque los que ya traspusieron la meta y voluntariamente viven en el mundo físico para auxiliar a la humanidad, pueden manifestar un grado todavía más alto de conciencia.

Pero limitándonos a la consideración de la conciencia humana en su estado vigílico, observamos que se distingue profundamente de la conciencia animal en el conocimiento de sí mismo, expresado en la afirmación de “yo soy

yo” de que no dan ni el más leve indicio los animales por mucha que sea su inteligencia.

El hombre es capaz de reconocerse como Pensador independientemente de sus pensamientos, de Actor independientemente de sus acciones; de Sentidor aparte de sus sentimientos; de Voluntario aparte de sus voliciones; en una palabra, de Sujeto consciente, con independencia de los fenómenos de los sentidos.

Cierto es que en las primitivas formas de la vida humana apenas se manifiesta este grado de conciencia, pero está latente porque es propio de la individualidad, mientras que no existe en los animales porque aún no se han individualizado.

Además, los tipos superiores del reino animal están traslapados con los inferiores del reino humano; y aunque Darwin afirmó que el hombre desciende del mono, ya reconoce la ciencia moderna, de acuerdo con las enseñanzas ocultas, que dicha descendencia no es directa, sino que el hombre y el mono descienden por vías colaterales de un común ascendiente cuya existencia real se remonta a una época de la evolución de la forma, de la vida y de la conciencia inasequible a los ordinarios cálculos del tiempo objetivo.

Se ha de tener también presente que las tribus ínfimas de la especie humana hoy existentes en el mundo terrestre están tan lejos del grado de inteligencia del hombre culto, como de éste los monos antropoides; y algunos naturalistas opinan que el tránsito del orangután y el chimpancé a las condiciones del cafre, del hotentote o del bosquimán sería más fácil que el del hotentote, bosquimán o cafre al nivel de un Edison, un Emerson, un Shakespeare o un Cervantes.

Ha demostrado Huxley que la estructura cerebral del hombre comparada con la del chimpancé difiere muy poco de la comparación entre la del chimpancé y la del lemur.

También demostró Huxley que la diferencia entre las circunvoluciones cerebrales del hombre culto y las del salvaje es mucho mayor que la entre las del salvaje y el orangután.

Darwin afirma que los signos, voces y expresiones de los salvajes fidjianos son menos comprensibles que las miradas, actitudes, voces y movimientos de los animales domésticos.

El profesor Clodd, al describir al hombre primitivo, dice así:

“Indudablemente era inferior a los más incultos salvajes de hoy día, con indómitas emociones, vigorosos instintos, incipiente raciocinio, incapaz de concebir el mañana ni pensar en el ayer y guarecido en cuevas, alimentándose

de frutos naturales, vestido de pieles y corteza de árboles, ignorante de todas las artes menos la de aguzar la piedra y encender fuego”.

Así como por el extremo inferior está el reino humano traslapado con el extremo superior del reino animal, por el extremo superior lo está con el extremo inferior del dévico, así como éste con el divino, de modo que los rosacruces simbolizan este mutuo traslapo en tres círculos que se intersectan como se ve en la figura 11.

En las formas inferiores del reino humano, la actividad mental y emocional del hombre es muy poco mayor que la de los animales superiores, aunque lo bastante para dominarlos, a causa de que está individualizado por salvaje que sea y tiene conciencia de su individual entidad, mientras que la conciencia del animal, por inteligente que sea, siempre se dirige hacia el mundo externo, pues para él no existe el interno.

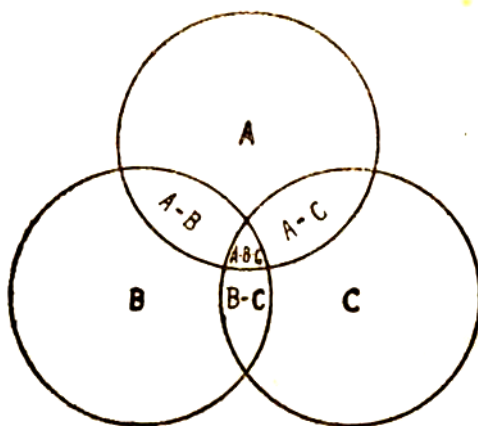


Fig. 11. – Símbolo de los Tres Planos Superiores de Conciencia.

Sin embargo, evitemos el error de creer que los salvajes y los individuos de inferior mentalidad de los países civilizados posean un grado superior de autoconciencia, pues aún está en ellos latente.

Según adelanta el hombre en su evolución se da cuenta de sí mismo, analiza sus estados mentales y emocionales, reconoce análogos estados en sus semejantes y razona especulativamente sobre ellos, con lo que se despiertan y agudizan las facultades mentales y sube de nivel de conciencia.

No tarda en demandar respuesta satisfactoria a los numerosos enigmas que le presenta el mundo objetivo y para encontrarla procede de lo desconocido a indagar lo desconocido. Unce el corcel de su deseo al carro del entendimiento y lo guía con las riendas de la voluntad.

Cuanto más conoce, más desea conocer y cuanto más desea mayor es su sufrimiento para lograr su deseo. El dolor es el precio que el hombre paga para progresar; pero una vez ha progresado recibe por premio el placer.

No sólo le acucia y atormenta el deseo de poseer y dominar las cosas materiales, sino que también sufre en sus esfuerzos a veces titánicos por resolver los problemas que le plantea la exploración de su mundo interno.

Según adelanta el hombre, se multiplican sus necesidades y es más intenso su dolor porque se amplía su conciencia, y recrudece la lucha entre la naturaleza inferior o personalidad que le incita a gozar del mundo externo, y la naturaleza superior que le muestra la vanidad de los pasajeros goces de la sensación.

Cuando sube todavía más de nivel la conciencia del hombre, es capaz de retraerse de sus envolturas y reconocer que son sus medios o instrumentos de manifestación y expresión, pues sigue teniendo conciencia de sí mismo aunque se retraiga de su cuerpo físico e inhiba sus pensamientos y emociones.

Entonces el ego se contempla a sí mismo y reconoce que sus cuerpos físico, emocional y mental son mudables y transitorios, y que lo único permanente es la conciencia del “yo soy yo”, de su individualidad.

Por lo tanto, el estado de conciencia superior del hombre en el mundo físico es aquel en que domina por completo sus cuerpos y es dueño de sus pensamientos, palabras, emociones y actos en obediencia a la ley de evolución como consciente colaborador del plan de Dios.

En este superior estado de conciencia puede actuar el hombre en la misteriosa región llamada subconsciencia por los psicólogos, en donde se almacenan o acopian, por así decirlo, los pensamientos y emociones que no se manifiestan en el campo de la conciencia vigílica, de la propia suerte que todas las escenas de una película cinematográfica están impresas en la cinta y sin embargo sólo aparece la que se proyecta en la pantalla.

Sin profundizar en el asunto diremos que el hombre verdaderamente dueño de sí mismo puede también dominar su subconsciencia, como el operador domina la cinta cinematográfica, y ordenar a la mente subconsciente que actúe en tal o cual sentido y transfiera después a la mente vigílica el resultado de su labor.

VI. Plano Superhumano

También se le llama plano de los semidioses, porque representa un nivel de conciencia muy superior al humano, y lo poseen los egos que un tiempo

fueron hombres, pero ya trascendida la evolución humana y sin necesidad de reencarnar en la materia, reencarnan voluntariamente algunos de ellos, no todos, en el mundo terrestre, para ayudar a la evolución humana. Son los Adeptos o Maestros de Compasión y Sabiduría a que aluden frecuentemente las enseñanzas ocultas.

Toda la humanidad camina lentamente hacia este superior nivel de conciencia; pero los egos más adelantados del reino hominal tienen de cuando en cuando vislumbres de la conciencia peculiar del nivel superhumano, que los ponen en temporáneo contacto con los Maestros de Sabiduría y Compasión.

La historia del sano y genuino misticismo abunda en ejemplos de esta clase de experiencias. El numen poético, la exaltación del amor divino, los relámpagos de intuición filosófica, las súbitas ideas que parecen brotar de la mente de los sinceros investigadores de los misterios de la naturaleza y de la vida, los éxtasis, arrobos y transportes de los místicos, son otras tantas manifestaciones transitorias, pero positivas, de la conciencia superhumana, latente en todos los individuos del reino humano.

Algunos autores han denominado conciencia cósmica al nivel superhumano de la conciencia, porque su característica es el sentimiento de la esencial unidad de todos los seres y de todas las cosas del universo.

En este plano de conciencia, aunque el ego reconoce todavía su individualidad, ya no se ve separado de los demás egos ni de ser alguno, sino que está relacionado indisolublemente con el universo entero, como uno de los infinitos centros de la Conciencia Universal. Se ha desvanecido el sentimiento de separatividad que durante tanto tiempo le ilusionó en las etapas inferiores de evolución, y entonces se convence por individual experiencia de que no hay más que una sola Vida, una sola Conciencia que en infinitud de grados, desde lo ínfimo a lo supremo, se va manifestando evolutivamente en infinitud de variantes formas.

Así, cuando decimos que en el mundo de la Realidad, se desvanecen las diferencias que la ilusión establece en el mundo objetivo, y que el ego se ve entonces en absoluta unidad con todos los seres y todas las cosas del universo, no significamos que, por ejemplo, se vea idéntico a la hormiga, al gusano o a la mariposa, sino que su vida y conciencia, su verdadero ser es **esencialmente** idéntico a la vida y conciencia de la mariposa, del gusano y de la hormiga aunque diferente en **grado de manifestación** en el mundo de la relatividad; pero como esta diferencia en el grado de manifestación proviene de las limitaciones de la forma, y la forma pertenece al mundo objetivo en cuanto el

ego entra en el mundo de la realidad donde no hay formas que limiten la expresión de la vida y la conciencia, forzosamente ha de reconocer la esencial unidad de todos los seres, pues se desvanecieron las limitadoras formas.

Este reconocimiento de la unidad no es meramente intelectual ni deriva de la fuerza lógica del pensamiento, sino que es un convencimiento directo, intuitivo, experimental, evidente, que ninguna objeción logra quebrantar. Quien alcanza esta experiencia está tan seguro de su realidad como de su existencia individual en el universo.

Cuando el ego que todavía evoluciona en el reino humano tiene un vislumbre de la conciencia superhumana y se pone en contacto con este plano superior, al volver a la conciencia ordinaria mantiene el recuerdo de su experiencia y como reconoce por sí mismo lo que hay más allá de la vida terrena, se le desvanecen el temor, el recelo y la duda que como hijos de la ignorancia le atormentaban antes de pasar por la reveladora experiencia.

El verdadero sentimiento religioso, limpio de toda escoria de superstición, motivado por el puro amor a Dios y al prójimo, sin esperanza egoísta de premio ni temor de castigo, ha sido en todo tiempo, ***aparte de todo dogmatismo intelectual o de creencia impropriamente llamada fe***, la causa de estas experiencias de cuya índole son con leves variantes accidentales, el famoso daimon de Sócrates, la unión mística de Plotino, la visión de Porfirio, los vaticinios de los profetas, las conversaciones de San Pablo y San Agustín, los estremecimientos de Jorge Fox, la clarividencia intuicional de Swedenborg, los éxtasis de Santa Teresa y de Ramakrishna, el numen de Virgilio, Dante, Whitman y Tennyson, la inspiración de los Franciscos de Asís y de Sales, de Emerson y de Teresita de Lisieux, que a pesar de la torpe separación establecida en la ignorancia sectaria y fanáticamente unilateral de los dogmatizadores que no ven más allá de sus pestañas, están unidos por la misma conciencia superior en el plano donde no llegan los nauseabundos vapores del absolutismo clerical de todas las religiones confesionales, cuya feroz intolerancia ha sido y aún sigue siendo la más horrible maldición de la humanidad.

El conocimiento adquirido por el ego humano al relacionarse temporáneamente con el reino superhumano, acrecienta su poder, de conformidad con la ley de causa y efecto, pues como quiera que mantiene asimilado en su conciencia el fruto o ***efecto*** del contacto con el plano superhumano, podrá expresar por medio de la palabra, la línea o la nota, las ideas y emociones de índole universal derivadas del plano de conciencia superhumana.

Así es que cuantos alcanzan el nivel de conciencia superhumana y ejercen su magisterio entre la ordinaria humanidad, saben acomodarse a todas las circunstancias y condiciones de la vida terrena, nada les extraña, porque comprenden su finalidad, tiene para ellos el mismo valor el oro que el barro, reconocen la relatividad de los pares de opuestos, aman por igual al pecador y al santo, y como todo lo comprenden todo lo perdonan.

Tienen también el poder de atracción que los coloca en las situaciones más ventajosas para beneficiar a la humanidad, y conocedores de las leyes naturales todavía desconocidas de la masa general del reino humano, ejecutan acciones que al vulgo parecen milagrosas y no son más que la manifestación taumatúrgica del conocimiento de dichas leyes.

VII. Plano Divino

Muy difícil, casi imposible es definir en términos del lenguaje ordinario, propio del intelecto, un nivel de conciencia que está mucho más allá del alcance de la intuición.

Es el grado supremo de conciencia que alcanzaron los seres al término de toda su evolución, en la cúspide donde se identifican en un solo punto común todas las líneas de evolución, como en el ápice del cono se identifican todas sus generatrices por distanciadas que estén en la circunferencia de la base.

Los seres de este plano de conciencia no se han identificado todavía con el Absoluto, mantienen su conciencia individual como entidades divinas superiores al deva y al adepto; pero reconocen su inseparable unidad con el Absoluto y saben que son manifestaciones del Alma Universal.

Nada más cabe decir de este poco menos que inefable plano de conciencia al que todos hemos de llegar.

Terminaremos considerando más detenidamente el símbolo de los círculos en que los rosacruces simbolizan los tres planos superiores de conciencia, éstos son: el humano, el superhumano y el divino.

Los tres círculos entrelazados dejan cada uno de ellos cuatro espacios perfectamente definidos, a saber:

1º. El de su propio círculo en la parte no entrelazada, señalados en la figura con las letras A, B y C.

2º. El espacio constituido por el entrelace de cada círculo con su vecino de un lado, que en la figura señalan las letras AB, AC y BC.

3º. El ídem con el del otro lado señalados con las mismas letras.

4°. El espacio resultante de la intersección de cada círculo conjuntamente con los otros lados. Es un segmento del espacio *BC* y está indicado por las letras *ABC*.

En consecuencia, los espacios o segmentos de círculo son *siete*, señalados con las siguientes letras:

A, B, C, AB, AC, BC y ABC.

Resultan así ***tres*** áreas sin entrelace, ***dos*** con entrelace doble y ***una*** con entrelace triple. Esta última combina en sí en igual proporción los tres planos superiores de conciencia.

El anheloso de Luz indague la solución del enigma.

CAPÍTULO VIII

LOS ASPECTOS DEL ALMA

Dice el séptimo aforismo de la doctrina secreta de los rosacruces:

EL SER DEL HOMBRE ES SÉPTUPLE, AUNQUE UNO EN ESENCIA. EL FIN DEL PROGRESO ESPIRITUAL DEL HOMBRE ES RECONOCERSE A SÍ MISMO BAJO SU SÉPTUPLE ENVOLTURA.

Los siete principios a que el aforismo se refiere, son los grados de manifestación y expresión de la mónada en los respectivos planos de conciencia.

Los rosacruces representan este concepto por medio de una figura humana envuelta o rodeada de siete perfiles indicadores de los siete principios de su ser mientras recorre el ciclo de su evolución. El verdadero y eterno ser del hombre está representado por la figura humana y cada perfil simboliza un principio de su sucesiva evolución en el universo manifestado, estando toda la figura con sus siete perfiles incluida en el círculo que simboliza al Absoluto.

El símbolo tiene la siguiente explicación:

- 1º. El Alma Universal, primera manifestación del Absoluto, se manifiesta a su vez en el principio elemental.
- 2º. El principio elemental evoluciona en mineral.
- 3º. El principio mineral evoluciona en vegetal.
- 4º. El principio vegetal evoluciona en animal.
- 5º. El principio animal evoluciona en humano.
- 6º. El principio humano evoluciona en superhumano.
- 7º. El principio superhumano evoluciona en divino.

Mientras la mónada evoluciona en los planos elemental, mineral, vegetal y animal, no está individualizada ni se le puede llamar ego o yo, porque no tiene conciencia de sí. Esta conciencia la adquiere y la va ampliando desde el momento en que se individualiza en el reino humano.

Entonces es el ego o yo, pues tiene conciencia más o menos lúcida del “Yo soy Yo”.

Los siete elementos encubren el verdadero ser del hombre durante el curso de su evolución y le sirven de instrumento porque al propio tiempo que lo limitan en una forma, revelan la existencia del espíritu.



Fig. 12. – Símbolo de los Siete Apectos del Alma

Los antiguos instructores simbolizaban este concepto en una gasa suspendida del dintel de una puerta, que por sus movimientos ondeantes indicaba la existencia del invisible viento.

I. Principio Elemental

Es la substancia elemental de que se reviste la mónada en su primera etapa de involución o tramo descendente. La substancia elemental es inconcebiblemente más sutil que la electricidad, y al condensarse constituye la materia mineral de que está formado el cuerpo físico de minerales, vegetales, animales y también del mismo hombre.

II. Principio Mineral

Es la envoltura de que se reviste la mónada al evolucionar en el reino mineral, cuando su forma no está organizada.

También se puede considerar en cierto sentido como el cuerpo físico de vegetales, animales y hombres por estar compuestos materialmente,

prescindiendo de su organización, por los elementos químicos como el oxígeno, carbono, hidrógeno, nitrógeno, etc., combinados en el protoplasma.

Por lo tanto, el principio que anima a los minerales o sea la que pudiéramos llamar alma mineral, está presente asimismo en el cuerpo físico del hombre considerado como un conglomerado de combinaciones químicas, y preside todas las elaboraciones, modificaciones y procesos químicos efectuados por las células, algunos de ellos tan complejos, que todavía no ha logrado la manipulación química obtenerlos por síntesis en el laboratorio.

En el acto llamado muerte, el ego se desprende del cuerpo físico, que se desintegra lentamente y los elementos químicos que lo constituían proporcionan la materia de otras formas.

III. Principio Vegetal

Es el principio que anima la célula vegetal cuyo funcionamiento fisiológico es fundamentalmente el mismo que el de la célula animal, aunque ambas difieran en su forma y estructura, pues las vegetales son poliédricas y tienen dos membranas, mientras que las animales constan de una sola membrana y son redondeadas, excepto las del tejido adiposo, que son también poliédricas.

Así es que el crecimiento de los tejidos se opera en el animal lo mismo que en el vegetal, hasta el punto de ser posible injertar la piel, glándulas y otros órganos de un cuerpo en otro de la misma constitución histológica.

La más notable diferencia entre la vida de la planta y la del animal consiste en que el vegetal carece de las funciones de relación que en diverso grado posee el animal, y en consecuencia no se manifiesta la vida tan conscientemente como en el vegetal.

Sin embargo, las funciones de nutrición se efectúan en el animal sin que intervenga la mentalidad consciente, y por esto han llamado los fisiólogos **vida vegetativa** a la que en el animal actúa independientemente de la voluntad, lo mismo que vemos en la vida vegetal.

IV. Principio Animal

Es el principio que anima la célula orgánica del animal, a que también se le llama alma animal, porque preside la vida fisiológica en lo que no tiene carácter vegetativo, y además es la sede de los deseos puramente animales no

gobernados ni restringidos por la razón, pues sólo tienen por objeto de logro el bienestar corporal.

El hombre también tiene en su constitución este principio o alma animal, que pone en actividad toda su naturaleza inferior cuya tendencia se contrae a la satisfacción de las necesidades de sustento del cuerpo y del deseo sexual.

Sin embargo, en sus etapas superiores denota el alma animal ciertas cualidades que se manifiestan más ampliamente en el alma humana, como el amor maternal, el compañerismo, la amistad, la gratitud, la fidelidad, etc., aunque el alma animal carece de la conciencia de sí misma.

V. Principio Humano

Es el ego, el alma ya individualizada, pero con el sentimiento de separatividad, que se conoce a sí mismo como una entidad separada y distinta de los demás seres del universo. Es el alma racional de los antiguos filósofos cuyos conceptos en este punto repitió en el siglo XIII Santo Tomás de Aquino y mantiene hoy día el neoescolasticismo, diciendo que los vegetales tienen alma vegetativa, los animales alma animal y el hombre alma racional.

La enseñanza tomista en este particular sólo difiere de la oculta en que no está completa, pues los ocultistas saben y afirman que nada hay en el universo sin alma, porque por doquiera está difundida y en mayor o menor grado manifestada el Alma Universal que vitaliza todas las formas. Así reconocen también los ocultistas el alma elemental y el alma mineral cuya observación escapó a la sagacidad intelectual del Aquinate, de tan poderoso talento imitativo de Platón y Aristóteles, como escaso de intuición.

Además de las facultades mentales a cuya conjunta operación llaman los psicólogos intelecto, manifiesta el alma humana voluntad en mayor o menor grado, que se extiende desde el deseo lindante con el animal hasta el libre albedrío frisante con el adepto pasando por la etapa de la determinación.

El alma humana se halla en la etapa de evolución en que se libra el combate entre la naturaleza inferior o animal y la naturaleza superior o divina.

Por una parte conserva todavía en su constitución el principio del animal con sus deseos materiales y egoístas que sólo tienden a satisfacer la vida sensual; y por otra parte, el conocimiento de sí misma la mueve a anhelar la vida superior, a esperar más alta vida, a desear la muerte física que la libere de la cárcel material en que está presa.

VI. Principio Superhumano

Ya sabemos que la característica de la conciencia del superhombre es el reconocimiento de la unidad esencial de todos los seres y de todas las cosas, esto es, la unidad esencial de todas las manifestaciones de vida y conciencia.

Todas las armónicas cualidades a que los moralistas llaman virtudes, cuyo prototipo es el amor, provienen de este principio superhumano que derrama su estimulante influencia en el reino hominal.

Las subsiguientes características del principio superhumano, derivadas del reconocimiento de la esencial unidad de todos los seres, son:

1ª. La convicción de la inmortalidad o mejor diríamos de la eternidad del espíritu humano, independientemente de toda creencia religiosa y de todo raciocinio intelectual. Se le ha llamado a este convencimiento “la fe que conoce”.

2ª. El absoluto desvanecimiento del temor y la adquisición del sentimiento de verdad, confianza y certidumbre, más allá de la comprensión de quienes no lo han experimentado.

3ª. El conocimiento de que el Amor universal abarca sin distinción a todos los seres, tanto a los que con nosotros conviven o se relacionan con los lazos del parentesco, de la amistad o del compañerismo, como a los que viven en lugares apartadísimos del nuestro; tanto a los que consideramos puros y santos, como a los que nos parecen viles y pecadores. A todos ama por igual el superhombre, como el sol ilumina con sus rayos indistintamente el hermoso lago y la hedionda charca.

4ª. El sentimiento de inefable dicha dimanante de la paz que excede a la comprensión del hombre ordinario.

5ª. El sentimiento de exaltada sabiduría que desvanece toda duda, porque el superhombre ve las cosas tal como son en sí, en el mundo de la realidad, y conoce entonces que cuando las veía en sus experiencias en el mundo de la relatividad no eran las cosas en sí mismas, sino la interpretación de las cosas según su limitada conciencia.

Algunos egos adelantados en su ciclo de evolución por el reino humano, tienen de cuando en cuando vislumbres, ráfagas o columbres de este superhumano principio; pero todavía están lejos de poseerlo en toda su plenitud, pues nadie lo poseerá acabadamente mientras haya de agotar su pasado karma en las vidas de la evolución humana.

VII. El Principio Divino

Es imposible expresar en palabras del lenguaje humano ni explicar con símbolos el principio a que los rosacruces llaman alma divina. Es el principio a que otras escuelas esotéricas llaman átmico y únicamente lo tienen en plena actividad los seres próximos a identificarse con el Absoluto, es decir, los que están en el nivel de conciencia inmediatamente superior al de los adeptos.

Baste para nuestro propósito indicar que este principio está latente en todos los egos evolucionantes en los tres mundos físicos, astral y mental, y que todos sin excepción lo actualizarán por mucho que tarden, cuando alcancen la meta de su perfeccionamiento espiritual.

Sin embargo, unos pocos, los más adelantados en la evolución humana, reciben de cuando en cuando ráfagas de este principio, que los coloca en el nivel de conciencia humana donde son capaces de practicar en grado heroico las eternas virtudes en que a través de la carne se manifiesta la actividad del espíritu.

Los seres en quienes está completamente actualizado el principio divino, al que los rosacruces, sin alterar el concepto, dan el nombre de alma divina, sólo se hallan separados del Absoluto por un tenue velo de la más sutil materia o substancia que cabe concebir, de modo que para ellos es el universo como una enorme pantalla cinematográfica en la que se proyectan multitud de cambiantes sombras de las cosas en sí, de las multitudinarias manifestaciones de la única Realidad.

Tales seres son como dioses en comparación de la evolucionante humanidad y perciben el eterno ritmo de la Causa sin causa de la manifestación universal.

Por increíble que parezca hay actualmente en nuestro mundo terreno, seres encarnados por su libre voluntad en quienes ya empieza a manifestarse el principio divino, y aún otros que a pesar de no tener todavía agotado el karma que los obligó a reencarnar reconocen la unidad en la variedad y que nada hay fuera y aparte del Uno sin segundo.

No caiga el estudiante en el error de que hay siete almas distintas. La palabra alma tiene distintas acepciones, aunque todas ellas expresan el mismo concepto fundamental.

Si atendemos a su etimología es lo que anima y da vida a una forma material.

En el concepto de la filosofía escolástica es la substancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa el cuerpo humano y con él constituye la esencia del hombre. En este concepto equivale a la chispa divina, al “fragmento” de la divinidad, a la infusión del Alma Universal en las formas materiales.

Pero según las enseñanzas esotéricas esta chispa o emanación divina va evolucionando en el transcurso de las edades y en la sucesión de universos por las formas elemental, mineral, vegetal, animal, humana, superhumana hasta alcanzar el nivel divino o unión con Dios como término de su evolución.

En cada una de dichas etapas la chispa o emanación divina, que también se llama mónada, desenvuelve hasta el grado que le consiente la limitación de la forma, las facultades latentes en su esencia, y a esta actualización la denominan los rosacruces alma o sea un aspecto, una manifestación, una fase del alma que al término de su evolutivo sendero se manifestará en la plena y completa actualización de todas sus potencias.

CAPÍTULO IX REENCARNACIÓN

Los rosacruces tienen en sus enseñanzas la de la reencarnación, que consiste en la verdad oculta de que el alma humana sobrevive a la muerte del cuerpo físico y después de un período más o menos largo de vida ultraterrena reencarna en cuerpo físico.

La reencarnación es una de las más antiguas enseñanzas de la humanidad y se encuentra en la esencia de las principales religiones del mundo, incluso el cristianismo. Siempre fue uno de los puntos cardinales de las religiones de Oriente, y en estos últimos tiempos han reconocido y propagado esta verdad o por lo menos hablan de ella con respeto algunos eminentes pensadores occidentales.

Según los rosacruces, la evolución de la humanidad no sólo se cumple por el progreso colectivo de las generaciones, sino también por el mejoramiento y adelanto de cada alma individual en las diferentes encarnaciones o etapas de su evolución.

Dice sobre el particular un autor:

“Afirman las enseñanzas que la evolución es el resultado de los esfuerzos del alma hacia cada vez más plena expresión por medio de la materia, aunque siempre con el propósito de liberarse definitivamente de ella, despojándose sucesivamente de las diferentes envolturas que se fabricó para su propósito. Las luchas y dolores de la vida no son más que incidentes de este parto espiritual”.

Consideran los rosacruces el renacimiento tan natural como el nacimiento, y que hay abundantes pruebas de experiencia individual en demostración de la verdad de la doctrina, sin necesidad de recurrir a la argumentación lógica para demostrarla, pues la aceptaron tan eminentes pensadores y profundos filósofos del mundo antiguo como Pitágoras, Empédocles, Platón, Virgilio y Ovidio. Los egipcios, hinduistas, budistas, parsis y druidas la profesaron; se enseñaba en los misterios de Grecia y Roma, en la Kábala de los hebreos; y algunos Padres de la Iglesia cristiana la sostuvieron.

En cuanto a los filósofos modernos, casi todos tratan respetuosamente la doctrina de la reencarnación, aunque del todo no la acepten, según se infiere de las siguientes opiniones:

De Hedge:

“Entre todas las hipótesis referentes al origen del alma humana, la de la reencarnación me parece la más plausible y por tanto la más a propósito para dilucidar el problema de la vida futura”.

De James Freeman Clarke:

“Curioso fuera que la ciencia y la filosofía aceptaran la antigua teoría de la reencarnación para adaptarla a nuestra moderna modalidad científica y religiosa; pero cosas más extrañas han ocurrido en la historia de las opiniones humanas”.

De Knight:

“Si hubiésemos de juzgar del valor de una creencia por el número de sus adherentes, nos decidiríamos por la reencarnación, y me parece que tiene tantas probabilidades de rehabilitación como cualquier otra hipótesis contraria”.

De Bowen:

“Me parece que una firme y bien fundada creencia en la doctrina de la reencarnación contribuiría a regenerar el mundo, porque no está rodeada de las dificultades y objeciones que se oponen a otras doctrinas, y ofrece poderosos motivos para que el hombre se porte cristianamente y practique el precepto de amar al prójimo como a sí mismo. Puede afirmar la doctrina de la reencarnación que es una idea innata de la mente humana si a juzgar vamos por su difusión en todas las naciones de la tierra y su prevalencia en todo tiempo”.

De E. D. Walker:

“Al extenderse el cristianismo por Europa estaba matizado con la verdad de la reencarnación el íntimo pensamiento de sus propagadores. La Iglesia condenó la reencarnación; pero se mantuvo en varias sectas y Erigena y Buenaventura fueron sus defensores medievales.

Todos los pensadores intuitivos, como Paracelso, Boehme, Swedenborg, Giordano Bruno y Campanella la profesaron, y filósofos modernos de la talla de Schopenhauer, Lessing, Fichte, Henry More, Cudworth, Hume, Glanvit, Fourier, Leroux y Pezzani la aceptaron como única explicación racional del objeto de la vida.

Pero todavía más válida prueba que la opinión de pensadores, vates y filósofos es el íntimo convencimiento que de sus vidas anteriores tienen cuantos alcanzaron cierto grado de perfeccionamiento individual.

Enseñan los rosacruces que el alma humana está en un sendero de perfeccionamiento, y que aprende las lecciones de la experiencia vida tras vida, cuyo fruto forma la base del carácter con que renace en nuevos cuerpos de manifestación y expresión. Las condiciones del renacimiento no están impuestas forzosamente por extraña coacción, sino que el alma se ve compelida a renacer por sus propios deseos, y las condiciones en que renace son precisamente las más convenientes para su ulterior adelanto en el sendero de perfeccionamiento. La ley de atracción opera en este caso con tanta regularidad como en los átomos materiales.

No hay elemento alguno de castigo ni de premio ni de injusticia en la operación de dicha ley, pues coloca a cada alma en las condiciones más a propósito para adquirir las experiencias que eliminen de su carácter las siniestras cualidades que entorpecen su evolución.

Toda alma individual está ligada indisolublemente a la raza a que pertenece, y si se adelantan en el sendero a la masa general de la raza, hasta el punto señalado como meta de perfeccionamiento, ya no necesitan renacer, puesto que aprendieron todas las lecciones y recibieron todas las experiencias posibles en el período de evolución de la raza; pero pueden reencarnar voluntariamente como maestros e instructores, con objeto de apresurar el adelanto de sus menos evolucionados hermanos, pues no podrán los egos adelantados transponer la meta hasta que no haya llegado a ella toda la raza.

Respecto a la valía de las experiencias adquiridas en cada vida terrena dice un autor:

“Muchos objetan la doctrina de la reencarnación diciendo que como en una vida no recuerda el hombre las experiencias de las anteriores, de nada sirven; pero esta objeción es fútil, porque aunque el individuo no recuerde las experiencias anteriores permanecen esencialmente en forma de sentimientos, cualidades, inclinaciones, gustos, repugnancias, simpatías, antipatías, atracciones y repulsiones.

“Por otra parte, si miramos atrás en esta nuestra actual vida terrena, resulta que hemos olvidado muchos sucesos de ella que fueron vívidos y reales en el momento de ocurrir, pero cuya eficacia no se ha perdido, pues cada cual es lo que ahora es por virtud de las pasadas experiencias en esta presente vida, de las que no se acuerda, aunque contribuyen a la modificación de su carácter. Así tal o cual prueba sufrida fortaleció un punto débil o hizo

ver las cosas bajo un nuevo aspecto hasta entonces no percibido. Tal o cual desengaño fue motivo de más ahincados esfuerzos, y toda experiencia dejó su huella en el carácter, de suerte que el individuo es muy diferente de lo que hubiera sido de no recibir tales experiencias.

“La misma consideración cabe aplicar a las características allegadas por las pretéritas encarnaciones, aunque no se recuerden las experiencias que las allegaron, de conformidad con la ley de atracción que nos liga con los seres a quienes en otro tiempo amamos y favorecimos, y también con los a quienes odiamos y perjudicamos”.

En cuanto a la vida del alma después de la muerte del cuerpo físico, las enseñanzas rosacruceanas nos dicen que en el preciso momento de la muerte, el alma continúa adherida al cadáver por un sutil cordón de materia etérea, que al poco tiempo se rompe y deja libre al alma en su nueva vida cuyo instrumento externo de manifestación es entonces el cuerpo astral, que vibra muchísimo más rápidamente que el desechado cuerpo físico.

Sin embargo, la etapa preliminar de esta nueva vida es un estado de inconsciencia semejante al del feto en el claustro materno, cuando el alma se desprendió del cuerpo físico en pacífica actitud emocional y mental; pero si por el contrario al separarse del cuerpo la conturbaban violentos deseos e intensos pensamientos relacionados con los egoístas intereses mundanos, persistirá la conturbación y en su apego a la vida terrena se esforzará en comunicarse por conducto de los médiums, sin poder descansar de las fatigas de su recién pasada vida terrena.

Algunas almas necesitan un largo período de reposo en el mundo astral antes de despertar a la nueva actividad, mientras que otras despiertan tras muy corto sueño. Cuanto mayor es la evolución espiritual del alma, más largo es el sueño y más tarda en reencarnar, al paso que las almas apegadas a las cosas de la tierra apenas descansan y muy luego vuelven a la vida terrena.

En el mundo astral hay varios subplanos o divisiones resultantes de la diferencia en el grado de vibración de la materia astral, sin que representen distancias en el espacio, y cada alma reside en el subplano cuya índole vibratoria corresponde al grado de su desenvolvimiento espiritual, con la circunstancia de que puede visitar los subplanos inferiores, pero no los superiores al en que por su condición se halla⁶.

⁶ **Recuérdese que los rosacruces incluyen en el común denominador de mundo o plano astral, los mundos o plano astral, mental y causal de los teósofos. (N. del T.)**

El ambiente de los subplanos del mundo astral es producto de la actividad mental y emocional del alma, es decir, engendro de su imaginación, forma de su pensamiento sin efectiva y permanente realidad. Así el piel roja encontrará en el subplano astral donde se halle dilatadísimos terrenos de caza; el musulmán las huríes en que soñó durante su vida terrena; el cristiano timorato, el infierno o el purgatorio que le infundía espanto o el cielo con los santos y los ángeles que con áureas arpas entonan alabanzas a Dios. Los pensamientos del alma se reflejan en la plástica materia astral y forman el ambiente que la rodea.

Durante la vida astral, el alma, libre del impedimento del cuerpo físico con sus percepciones sensorias, vive manifestada en sus cuerpos astral y mental, de suerte que las emociones y pensamientos son su principal actividad; pero como carece de cuerpo físico por cuyo medio satisfacer los deseos pasionales, se desvanecen estos deseos por consunción, y el alma se va purificando gradualmente y reflexiona sobre la conducta que observó en su última vida terrena, viendo entonces los errores cometidos y el verdadero significado de muchas experiencias que le parecieron extrañas y aún injustas.

No está el alma aislada en el mundo astral. Recibe el auxilio de los instructores espirituales que voluntariamente frecuentan dicho mundo con el deliberado propósito de favorecerla en sus esfuerzos de mejoramiento, así como también puede, si está en las requeridas condiciones, recibir enseñanzas artísticas, científicas y literarias.

Llega el momento en que ya el alma purificada de sus malos pensamientos y siniestros deseos, se desprende del cuerpo astral como antes se desprendió del cuerpo físico, y tiene entonces por instrumento externo de manifestación el cuerpo mental en el mundo del puro pensamiento, a que los hinduistas llaman devacán y los cristianos el cielo, donde goza de la felicidad consiguiente a las armónicas cualidades de su carácter, durante un período proporcional a su grado de evolución espiritual, hasta que el anhelo de perfeccionamiento la mueve a desprenderse también del cuerpo mental y quedar revestida del causal, que es el permanente en todo el ciclo de su evolución, y en el que se entroja el fruto de sus experiencias.

Entonces sobreviene el nuevo estado a que los ocultistas llaman el “segundo sueño” y le sirve al alma de preparación para su renacimiento en la tierra.

En esta condición, por virtud de la ley del karma o de causa y efecto, asume nuevos cuerpos mental y astral adecuados a las nuevas circunstancias en que ha de ejercer su actividad mental y emocional. Con estos nuevos

cuerpos se infunde en la matriz de la mujer que ha de ser su madre y le ha de proporcionar la materia física necesaria para que también en obediencia a la ley kármica se vaya formando el nuevo cuerpo físico adecuado a los ya asumidos mental y astral, de conformidad con las condiciones de su nueva vida terrena.

Así es que el alma no despierta del segundo sueño en el momento de renacer a la vida, sino que va despertando lenta y gradualmente durante la primera infancia hasta que llega a la edad llamada del uso de razón.

Sin embargo, a veces despierta el alma prematuramente, como en el caso de los niños prodigio y precoces, mientras que otras veces, por el contrario, tarda el alma en despertar, como en el caso de los niños que parecen torpes o atontados y al llegar a la virilidad sorprenden por su clara inteligencia y buen discernimiento.

Así como durante la vida astral se asimila al alma el fruto de las experiencias de la vida terrena que acaba de pasar, así también durante su vida mental se asimila el fruto de las experiencias recibidas durante la vida astral, y renace con el carácter determinado por el fruto o resultado de sus experiencias.

De la índole de este carácter, como de la causa el efecto, derivan las condiciones de la nueva vida terrena, de modo que no hay en ello arbitrariedad ni injusticia ni favoritismo ni privilegio ni desigualdad, sino que cada cual nace en las condiciones y circunstancias más favorables al adelanto en su evolución. La nueva vida terrena no es ni más ni menos que un nuevo término de la progresiva serie de vidas, y como tal es un consecuente de sus antecedentes, un efecto *forzoso* de las causas que *voluntariamente* estableció el alma con su conducta anterior.

Pero como todavía no ha llegado el alma a la meta de perfeccionamiento señalada por la ley de evolución al ciclo a que pertenece, la mueve el deseo de recibir las lecciones y experiencias que la acerquen a dicha meta; y como quiera que tales lecciones y experiencias sólo puede recibirlas en contacto y lucha con el mundo físico, de aquí su ansia de vida terrena, y de aquí también que en cuanto alcance la meta ya no experimentará el deseo de vida senciente porque habrá aprendido cuantas lecciones pueda aprender y pasado por cuantas experiencias puede recibir.

Un símil esclarecerá esta idea.

Supongamos que un estudiante con vivísimos deseos de seguir una carrera profesional emprende los estudios necesarios para obtener el título académico que en este caso es la meta de sus aspiraciones, el nivel de cultura requerido por el ejercicio de la carrera abrazada.

Desde luego que no podrá, por mucho talento que tenga, aprender de una vez todas las materias o disciplinas asignadas a su carrera, como tampoco será capaz de aprender de golpe todas las lecciones de una misma disciplina.

Le será necesario seguir curso tras curso la natural división o mejor dicho serie de asignaturas enlazadas de modo que el conocimiento de las del primer curso ha de preceder por necesidad, como causa del conocimiento de las del segundo, y así sucesivamente hasta el último curso.

En cada año académico el estudiante se aplicará con todas las fuerzas de su mente al completo estudio de las materias asignadas, y terminado el curso, durante el período de vacaciones recapacitará sobre lo aprendido para prepararse al estudio de las materias del curso siguiente.

Una vez terminada la carrera y obtenido el título, ya no habrá de volver **necesariamente** a la universidad, sino que seguirá adelante en el ejercicio de su carrera; pero si tiene vocación y desea auxiliar en sus esfuerzos a los que todavía siguen la carrera, podrá volver a la universidad de que fue discípulo, en concepto de instructor y maestro.

Pero mientras fue estudiante, el deseo, el anhelo, el ansia vivísima de terminar su carrera le impelía a volver a la universidad para estudiar y aprender las lecciones de otro curso.

Así el título académico simboliza la meta de la carrera del ego humano en el presente ciclo de evolución. Cada curso es una vida terrena, cada período de vacaciones simboliza la permanencia en los mundos astral y mental; el deseo de volver a la universidad equivale al deseo del ego de volver a la tierra para seguir aprendiendo las lecciones de la experiencia, y la obtención del título significa el término del sendero de evolución humana y el comienzo del adepto. Así como el estudiante cuando deja de serlo y se convierte en médico, abogado, farmacéutico, etc., ya no **desea** volver a la universidad porque aprendió cuanto tenía que aprender, así también el adepto que dejó de ser hombre para convertirse en superhombre, ya no desea volver a la tierra a no ser para enseñar a los que todavía siguen la carrera de su evolución.

CAPÍTULO X

EL PROGRESO DEL ALMA

Muy importante punto de la doctrina de los rosacruces es el que nos dice que la evolución del hombre no se contrae a la Tierra, sino que se extiende a una cadena de siete planetas, contando entre ellos la Tierra. Estos siete planetas están íntimamente relacionados por sutilísimas fuerzas, de modo que una corriente de energía u oleada de vida va pasando de uno a otro planeta por todo el circuito de la cadena. Los siete planetas constituyen la serie de sucesivas moradas del alma individual y todas las almas han de recorrer la cadena. Así es que antes de reencarnar cierto número de veces en la Tierra, evolucionó en el planeta anterior de la serie, como más adelante evolucionará en el planeta inmediatamente superior a la Tierra en la cadena planetaria. El alma humana ha recorrido ya varias veces toda la cadena y ha de volverla a recorrer en el porvenir antes de alcanzar el nivel señalado al presente ciclo de evolución.

Los planetas o mundos de esta cadena no son de índole idéntica a la de la Tierra ni tampoco idénticos entre sí, pues se diferencian unos de otros notablemente⁷.

La Tierra no es el planeta superior ni el inferior de la cadena. Además, el alma no progresa, como pudiera suponerse, siguiendo una línea circular, sino una espiral, de modo que cada espira está en un superior nivel de evolución respecto de la precedente.

Este progreso del alma mundo tras mundo ha continuado desde el comienzo del presente ciclo de evolución, y empezó por las inferiores formas de vida.

Dice un autor sobre este punto:

“La índole espiral del progreso cumplido por la vida, desenvuelve los reinos de la Naturaleza y explica las lagunas o soluciones de continuidad que se observan en las formas animadas que pueblan la Tierra. La rosca de un tornillo, que en rigor es un uniforme plano inclinado, aparece como una

⁷ **Conviene tener muy presente que de los siete planetas de la cadena planetaria, la Tierra es el único de materia física densa, pues los otros seis son de materia sutil e invisible con el telescopio. (N. del T.)**

sucesión de pasos cuando se la examina a lo largo de una línea paralela a su eje. Las mónadas espirituales del reino animal pasan a los otros mundos cuando han cumplido en la Tierra su ciclo de encarnación animal, y vuelven a la Tierra en cuanto están dispuestas para entrar en el reino humano; pero hubo un período en que aún no había formas humanas lo suficientemente evolucionadas en el mundo terrestre y el impulso de vida apresuró su evolución, pues ya había mónadas dispuestas a encarnar en formas humanas.

“El flujo de la vida, la oleada de existencia, el impulso espiritual o como quiera que se le llame, pasa de un planeta a otro por efusiones periódicas o corriente alternativa y no continua, a la manera como el agua de un manantial va llenando varios hoyos colocados en serie y enlazados por canalículos. La corriente se detendrá en el primer hoyo hasta llenarlo, y una vez lleno, pasará por el canalículo al segundo hoyo sin fluir adelante hasta llenarlo, y así sucesivamente se irá deteniendo en cada hoyo hasta llenarlos todos”.

“De la propia suerte la oleada de vida permaneció en el globo, mundo o planeta A de la cadena planetaria, hasta que cumplida la evolución de las formas con su correspondiente vida y conciencia en dicho globo, estaban las mónadas dispuestas a ocupar las nuevas formas del globo B que entonces recibió la necesaria oleada de vida”.

“Para mejor comprensión diremos que cuando el reino mineral está plenamente evolucionado en el globo A prepara el camino para el desenvolvimiento del reino vegetal, y tan pronto como este reino empieza, el impulso de vida mineral invade el globo B. Después, cuando el reino vegetal está completamente evolucionado en A y empieza el reino animal, el impulso de vida vegetal invade el globo B y el impulso mineral pasa al C. finalmente, aparece el reino humano en el globo A. pero conviene advertir que cada reino de evolución se divide en diversas capas espirales”.

“Las mónadas pasan varias veces por toda la cadena como minerales, después otras varias veces como vegetales y posteriormente como animales”.

Prescindiendo de los pormenores del progreso de las inferiores formas de vida, consideremos el de la humanidad. Hemos visto que la oleada de vida de las formas humanas pasa sucesivamente por siete veces por toda la cadena en oleadas o efusiones de progreso. A estas sucesivas oleadas les dan los ocultistas el nombre de rondas o vueltas, y de conformidad con el principio hermético de que “como es arriba es abajo”, hallamos una correspondiente serie de espirales en el progreso de la humanidad durante cada uno de sus siete pasos por el globo terrestre.

Al llegar a la Tierra un alma humana reencarna varias veces en las razas que se van sucediendo en línea espiral a razón de siete razas en cada ronda.

La presente ronda del reino humano es la cuarta, lo que significa que las mónadas humanas han pasado ya otras tres veces colectivamente por el planeta terrestre y están ahora pasando por cuarta vez y habrán de pasar todavía en lo porvenir otras tres veces.

Cada una de las siete razas humanas de la cuarta ronda actual predomina durante un larguísimo período. Hoy día predomina la quinta raza, aunque aún hay remanentes de la cuarta y tercera.

Cada raza se subdivide en siete subrazas y cada subraza en siete ramas.

El período de predominación de cada raza humana está deslindado del de la que ha de sucederle, por un formidable cataclismo que destruye la civilización de la raza anterior y tan sólo deja algunos supervivientes y tal o cual huella de su extinguido esplendor.

Cuando predominaba la cuarta raza humana, que fue la atlante, no tenía la superficie terrestre la misma configuración actual, pues entonces no existía el continente que después formaron en unidad de conjunto los territorios de Europa, Asia, África y América; y en cambio existía en lo que ahora es el océano Atlántico un vastísimo continente que fue morada de la raza atlante.

Así es que durante cada ronda o paso de la oleada de vida humana por el planeta terráqueo, ocurren siete cataclismos geológicos que alteran la configuración de la superficie terrestre y acaban con una raza para ceder el paso a la siguiente y establecerla en su nueva morada. Sin embargo, quedan siempre algunos supervivientes de la raza extinguida.

Poco dicen las enseñanzas rosacruceanas acerca de las razas primera y segunda de la actual cuarta ronda. Los individuos de la primera apenas se diferenciaban al principio del animal, pero fueron progresando hasta alcanzar un tipo que hoy nos parecería sumamente grosero. Los individuos más adelantados reencarnaron a la cabeza y los más atrasados a la cola de la segunda raza, pues regla general de la evolución es que los individuos más adelantados de cada raza reencarnen en la vanguardia y los más atrasados en la retaguardia de la raza siguiente, que representa un superior nivel de evolución respecto de la raza precedente.

Más concretos informes dan las enseñanzas esotéricas de la tercera raza, que fue la lemur o lemuriana, cuyo continente, llamado Lemuria, estuvo en la parte del globo que hoy ocupan el océano Pacífico, parte del Índico y el grupo geográfico denominado Australasia.

La raza lemuriana tuvo por característica la vida de los sentidos y el goce sensual, de modo que muy pocos individuos rompieron los lazos de la materialidad y llegaron a las fronteras de los planos mental y espiritual, salvándose del cataclismo que aniquiló la raza, para servir de vivificante levadura de la masa general de la siguiente cuarta raza, en la que fueron reverenciados como seres superiores.

Al fin de la tercera raza surgió de las profundidades del océano Atlántico el continente atlante que había de ser el asiento de la cuarta raza humana de la cuarta ronda, llamada raza atlante, que progresó materialmente hasta un punto casi increíble.

Los caudillos de la raza atlante, o sean los salvados del cataclismo lemuriano, habían conservado el fruto mental y espiritual del progreso de la humanidad durante el predominio de la tercera raza, y dicho fruto sirvió de semilla para el ulterior progreso de la humanidad en la cuarta raza, que no tardó en hacer notables adelantos en el orden material, y en mecánica y electricidad llegaron a un punto que aún tardará dos o tres siglos en alcanzar la actual quinta raza, mientras que en orden psíquico su adelanto fue mucho más allá de lo que le cabe imaginar al vulgo de la presente quinta raza.

Pero precisamente este adelanto en el desenvolvimiento de las facultades psíquicas fue la causa de su caída, porque las prostituyeron con fines egoístas y practicaron la magia negra.

El cataclismo que sumergió el continente atlante no fue repentino, sino gradual, es decir, que en el transcurso de cien siglos fueron ocurriendo hundimientos parciales hasta la completa sumersión del continente, del que sólo quedaron por entonces dos islas, de cuya existencia tuvieron barruntos los egipcios y los griegos, ya pertenecientes a la quinta raza.

También se salvaron de la ruina de la raza atlante, los pocos que no habían prostituido sus facultades y conservaban vivo el fuego de la espiritual sabiduría recibida por tradición de los electos de la tercera raza.

Poco antes del hundimiento del continente, esta selecta minoría de la raza atlante emigró conducida por el Manú o caudillo de la futura quinta raza, a unas islas situadas a la sazón en donde hoy se extiende la América meridional. Allí se prepararon para ser los instructores de la quinta raza, cuya masa general los veneró como dioses y héroes, y tal es el fundamento y la oculta explicación de los mitos, leyendas y tradiciones de los tiempos que los historiadores profanos llaman fabulosos, primitivos y heroicos, por desconocer que si bien eran primitivos con respecto a la quinta raza, no lo eran con relación a la verdadera y completa historia de la humanidad.

La quinta raza evolucionó rápidamente gracias al impulso que le dieron los instructores procedentes de la selecta minoría de la raza anterior.

Sobre el particular dice un autor:

“Los cataclismos geológicos acaban con el predominio de una raza cuando le llega la hora en el cuadrante del tiempo; pero a los individuos de la raza moribunda que alcanzaron la meta señalada para su evolución, los conduce el Manú o caudillo de la nueva raza a un paraje de ambiente favorable para ser los guías e instructores de la masa general de la nueva raza”.

“Sin embargo, además de esta selecta minoría, se salvan algunos otros del montón a fin de que sirvan de semilla corporal de la nueva raza; pero los mal adaptados caen en el salvajismo por no estar todavía dispuestos a tomar parte en la vida de la nueva raza”.

“De estos residuos de razas anteriores a la quinta son ejemplo los maorís y otros indígenas de Australia, los bosquimanos de África y los pieles rojas de Norteamérica”.

“Para comprender el progreso de cada raza conviene recordar que los egos más adelantados permanecen larguísimo tiempo en los mundos astral y mental, y por tanto reencarnan muchísimo más tarde que los egos atrasados, cuyo apego a las cosas de la tierra los mueve a renacer en cuanto han agotado la fuerza emocional y mental acumulada durante la anterior vida terrestre. Así sucede que las primeras subrazas de cada raza están constituidas por egos menos evolucionados que los que más tarde se incorporan al general movimiento de la raza”.

En los comienzos de la quinta raza encarnaron entre la masa vulgar y ordinaria, pero en familias de escogido linaje, los egos que en la raza atlante habían obedecido fielmente la ley de evolución, y fueron los sabios astrónomos, sacerdotes, terapeutas, magos, hierofantes, artistas e inventores de Egipto, Caldea, Asiria, Babilonia e India que transmitieron su sabiduría a los filósofos de Grecia y Roma.

La evolución de la quinta raza siguió su curso de conformidad con la ley de los ciclos inseparable de la del ritmo, y así vemos cómo se levantan y se derrumban uno tras otro los imperios del primer período de la quinta raza, o sea el que los historiadores llaman edad antigua.

El mismo destino aguarda a las poderosas naciones de hoy día que engreídas de su pujanza se creen eternas, pero que han de fenecer como fenecieron las civilizaciones de Asia, Babilonia, Persia, Grecia y Roma.

El porvenir de las actuales naciones llamadas en lenguaje diplomático grandes potencias, está ya consignado en el divino plan de evolución, y los estadistas, políticos y diplomáticos que en sus frecuentes congresos, reuniones, asambleas y conferencias discuten sus trazados proyectos no hacen más que servir de instrumentos de los designios de Dios que con apariencias de mal conduce todas las cosas al sumo bien.

Una nación empieza a decaer cuando los egos más adelantados pasan a los mundos superiores y quedan los atrasados en la masa general de la población huérfana de hábiles caudillos, porque es necesario que se levante y asuma la hegemonía de la humanidad otra nación cuyas características correspondan a un paso adelante en el sendero de la evolución.

CAPÍTULO XI

EL AURA HUMANA

Es el aura la psíquica atmósfera que rodea a cada individuo humano, invisible a la vista ordinaria, pero perceptible por clarividencia.

Es el aura una emanación del ego, semejante a los rayos del sol o al perfume de una flor. Es una modalidad de energía más bien que de materia, aunque posee cierta substancialidad que le da apariencia material. Tiene forma ovoide y se extiende alrededor del cuerpo físico hasta la distancia de seis a nueve centímetros, aunque es mucho menor en los individuos vulgares y muchísimo mayor en los de superior evolución.

La índole del aura depende de la de emociones y pensamientos del individuo, de suerte que un experto clarividente conocerá cómo siente y piensa la persona cuya aura examine, porque a cada emoción y pensamiento corresponde en el aura determinado color, análogamente a las rayas que cada substancia química da en el espectroscopio.

El inferior elemento del aura humana es la llamada por los ocultistas emanación física o aura de salud. Es incolora y está determinada por tenues rayas que a manera de las cerdas de un cepillo sobresalen del cuerpo físico.

Si la persona goza de cabal salud, dichas rayas están rígidas, y horizontalmente erectas, mientras que en las personas enfermas o enfermizas aparecen lacias.

Del aura física se desprenden sutilísimas partículas, como las que se desprenden de las substancias odoríferas, y tal es la explicación de que el perro rastree por el olor los pasos de la persona a quien husmea y cuyo olor conoce.

Otro elemento del aura humana es el de “energía vital”, que los clarividentes perciben bajo el aspecto de un muy bajo resplandor rosado, a veces lleno de tenues chispitas de magnetismo vital si la persona es muy magnética.

En ocasiones la ven aún quienes no son clarividentes, bajo el aspecto de un vaporcillo vibrante como el que se desprende de un campo en la canícula o de una estufa muy caliente.

Cuando el aura se percibe por clarividencia, aparece matizada por diversos colores correspondientes a los pensamientos y emociones que en el ánimo de la persona predominan en el momento de la clarivisión.

En este caso, el aura tiene el aspecto de una nube luminosa de diversos y cambiantes colores, que se extiende en gama descendente hasta esfumarse y desvanecerse en su extremo límite.

Cada color y matiz corresponde a una modalidad de pensamiento, emoción, sentimiento, pasión o estado de ánimo de la persona a que pertenece según indica la siguiente sinopsis:

Negro.- Odio, malicia, venganza y todo vil sentimiento.

Gris brillante.- Egoísmo.

Gris lívido.- Temor, espanto, terror, según el menor o mayor grado de lividez.

Gris oscuro.- Melancolía.

Verde brillante.- Astucia, tacto, habilidad en el trato de gentes, diplomacia.

Verde sucio.- Bellaquería, falsedad, engaño.

Verde oscuro.- Celos, envidia, codicia.

Rojo oscuro.- Sensibilidad, lujuria, libidinosidad.

Rojo vivo llameante.- Cólera.

Si la cólera proviene del odio, el rojo vivo tiene fondo negro; si proviene de celos o envidia, el fondo es verdoso; y si está causada por lo que se llama justa indignación o santa ira, no tiene fondo alguno.

Rojo carmesí.- Amor, con variedad de tonalidades, según la índole de esta emoción. El carmesí oscuro y pesado denota amor sensual; el carmesí claro indica amor sentimental acompañado de altos ideales; el amor puro y platónico tiene por indicio un hermoso carmesí rosado.

Moreno rojizo.- Avaricia y codicia.

Anaranjado vivo.- Orgullo y ambición.

Amarillo dorado.- Talento, razonamiento lógico, carencia de prejuicios, discernimiento.

Amarillo oscuro.- Intelectualidad egoísta.

Azul intenso.- Sentimiento religioso.

Azul oscuro.- Devoción interesada y supersticiosa.

Azul claro.- Devoción ideal.

Azul celeste.- Espiritualidad.

Este color azul celeste es de luminoso aspecto, diáfano, imposible de describir con palabras. En el aura de una persona sumamente espiritual se ven tenues puntos luminosos que centellean como estrellas en noche serena.

Además de los enumerados colores y matices hay otros que no entran en el campo de la normal visión humana, tales como todos los matices y tonalidades del infrarrojo y del ultravioletado.

Los colores y matices del infrarrojo denotan facultades psíquicas empleadas en fines rastreros y egoístas como los de la magia negra.

Los colores y matices del ultravioletado denotan superiores facultades espirituales empleadas en nobilísimos fines.

Otros dos colores áuricos, que es preciso verlos para conocerlos, pues eluden el alcance del lenguaje humano son: el amarillo primario, que denota la suprema iluminación espiritual del intelecto; y el blanco purísimo, de peculiar brillantez y diafanidad que indica el pleno despertamiento del espíritu.

Los colores áuricos, lo mismo que sus correspondientes en el plano físico, derivan de tres colores primarios, a saber: rojo, amarillo y azul, que con el blanco y el negro, que en realidad no son colores sino absorción sintética o ausencia total de los colores, constituyen el espectro áurico.

El amarillo y el azul combinados dan el verde; el amarillo y el rojo dan el anaranjado; el rojo y el azul dan el púrpura.

La combinación de los colores secundarios da otros colores subalternos, como por ejemplo el verde y el púrpura forman el aceituna; el anaranjado y el púrpura, dan el bermejo; y el verde y el anaranjado forman el cetrino.

La comprensión del carácter fundamental de los colores primarios con el blanco y el negro dan la clave de toda la gama de colores áuricos, y así tenemos los tres grupos: rojo, amarillo y azul, y el blanco y el negro.

Grupo Rojo.- Representa la naturaleza física y su presencia indica siempre la existencia y actividad de la naturaleza inferior del hombre.

Grupo Amarillo.- Representa la naturaleza intelectual y su presencia indica siempre la actividad del intelecto.

Grupo Azul.- Representa la naturaleza espiritual y su presencia denota la actividad de esta parte de la naturaleza del hombre.

Blanco.- Representa la actividad del puro Espíritu.

Negro.- Denota la negación del puro Espíritu.

Las diversas combinaciones de los tres colores primarios, ya de por sí, ya en relación con el blanco y el negro, forman los colores y matices correspondientes a las diversas modalidades de actividad mental y emocional del individuo.

En algunos casos, un color está listado por rayas de otro color o tiene manchas o nubes de distinta tonalidad.

A veces se nota la entremezcla de dos colores que luchan entre sí antes de entrefundirse, y también vemos que dos colores se neutralizan, así como el paso de vivas ráfagas de amarillo y rojo, ambos brillantes, que atraviesan el aura, denotan el conflicto entre la razón y la pasión.

A primera vista parece que es incomprensible que la combinación del azul, que denota espiritualidad, con el amarillo que representa intelectualidad, hayan de dar un verde indicador de falsía y engaño; pero la dificultad queda solventada al considerar que para la falsía y el engaño se necesita inteligencia, pues los tontos y necios no son capaces de ideas las ingeniosas artimañas de los timadores y falsificadores de profesión, que sorprenden por su astucia. Además, en el verde indicador de estas siniestras cualidades hay siempre una ligera mezcla de rojo o de negro, que invalida la virtualidad espiritual y religiosa del azul.

Por otra parte, el verde está colocado en el centro del espectro, y contrabalancea los dos extremos al paso que recibe su influencia.

La ley de acción y reacción rige con especial vigencia en la constitución del aura humana, de modo que si el individuo forja la imagen mental de determinado color áurico, suscitará en su mente la índole mental y en su ánimo la característica emocional correspondiente al color cuya imagen haya forjado y convenientemente sostenido.

No sólo las actitudes mentales y emocionales están representadas por sus correspondientes colores, sino que la percepción de los colores propenden a suscitar la correspondiente actitud mental o emocional. Así se explica que se diga de un hombre que está “rojo de ira” o que tiene un “humor negro” y que el toro se enfurezca a la vista del trapo rojo.

De la propia suerte se explica la acción terapéutica de los colores en las enfermedades, según saben los médicos sin conocer la causa oculta de esta influencia.

El azul y el violado con todos sus matices calman el sistema nervioso; el verde hierba lo vigoriza; el anaranjado y el amarillo agudizan las facultades intelectuales; y el rojo excita el ánimo.

Cuando se conocen los principios fundamentales de esta correspondencia entre los colores y los estados mentales y emocionales es posible formar un aura protectora que resguarde al alma, a la mente y al cuerpo de las malignas influencias que contra ellos se dirijan consciente o inconscientemente.

Esta aura protectora es un eficaz escudo contra todas las modalidades de ataque o invasión de índole psíquica, proceda de donde proceda, tanto si es un maligno magnetismo mental, un vampirismo o cualquier artimaña de magia negra.

Para construir el aura protectora ha de forjar el individuo la imagen mental de sí mismo rodeado de un aura o nimbo de pura, diáfana y brillante luz blanca, símbolo del Espíritu.

La luz es la irradiación del Espíritu y el Espíritu es el soberano dueño y señor de todas las cosas⁸.

⁸ Para más extensa información de este curiosísimo tema, véase la obra de Swami Panchadasi titulada: *El Aura humana y el Mundo astral*, publicada por esta misma editorial. (N. del T.)

CAPÍTULO XII

LOS SIETE PRINCIPIOS CÓSMICOS

Enseña la doctrina secreta de los rosacruces, que operan en el Cosmos siete principios capitales cuya influencia se extiende a las más leves actividades y son los siguientes:

- I. PRINCIPIO DE ANALOGÍA Y CORRESPONDENCIA.**
- II. PRINCIPIO DE LEY Y ORDEN.**
- III. PRINCIPIO DE VIBRACIÓN.**
- IV. PRINCIPIO DEL RITMO.**
- V. PRINCIPIO DE LOS CICLOS.**
- VI. PRINCIPIO DE POLARIDAD.**
- VII. PRINCIPIO DE GENERACIÓN.**

Consideraremos brevemente cada uno de estos principios.

I. Analogía o Correspondencia

Se manifiesta en la relación entre los diversos planos de actividad cósmica, y está expresado por el antiquísimo aforismo hermético: “como es arriba es abajo y como es abajo es arriba”.

Los ocultistas afirman que la naturaleza y actividad de la ameba están regidas por las mismas leyes que gobiernan la naturaleza y actividad del hombre y aún las de los seres superiores al hombre.

De este principio de analogía se valen los ocultistas para indagar lo desconocido por medio de lo conocido, y así es posible estudiar los sistemas solares mediante el estudio de los átomos y moléculas, estableciendo una relación oculta a los profanos, entre dos ciencias al parecer tan dispares como la química y la astronomía.

Por correspondencia han indagado los ocultistas que en cada plano de la universal actividad rigen los principios de ley y orden, de vibración, ritmo, ciclos, polaridad y generación. Cuanto más adelanta la mente humana en la investigación de lo desconocido, más claramente se manifiesta la existencia de

los siete principios cósmicos derivados del primero y capital de analogía o correspondencia.

Este principio es de universal aplicación y los antiguos herméticos lo consideraban como el más eficaz instrumento mental para salvar los obstáculos que obstruyen el camino de lo desconocido y rasgar el velo de Isis con bastante expresión para vislumbrar el rostro de la diosa.

Así como el conocimiento de la geometría capacita al hombre para medir las enormes distancias de los astros y determinar sus movimientos desde la plácida quietud del observatorio, así también el principio de analogía capacita al hombre para razonar lógicamente sobre lo desconocido basándose en lo conocido. Al estudiar la mónera comprende al arcángel.

Una de las verdades fundamentales descubiertas por los antiguos ocultistas mediante la explicación del principio de analogía es que en todas las cosas hay forma o cuerpo y movimiento o activa energía, esto es, vida y conciencia.

Por lo tanto, los antiguos ocultistas consideraban que en los planos de actividad todavía desconocidos debían de existir dichas tres modalidades de manifestación, y los descubrimientos de la ciencia moderna se han efectuado invariablemente en el mismo sentido.

La antigua enseñanza oculta de que todo tiene forma o cuerpo, está plenamente corroborada por las subsiguientes investigaciones; pero la forma o cuerpo no significa necesariamente lo que la ciencia moderna llama materia, que es tan sólo una modalidad o fase de la forma.

La materia, tal como la conocemos, tiene muy dilatada gama de manifestación, desde la extrema densidad del osmio y la dureza del diamante hasta la extrema ligereza del hidrógeno.

El descubrimiento por la ciencia de la llama “materia radiante” abrió un nuevo campo previamente conocido tan sólo de los ocultistas; pero tal materia radiante, no es materia física, sino una superior modalidad de forma o cuerpo, y aún conocen los ocultistas otras modalidades mucho más sutiles que la materia radiante.

Las enseñanzas ocultas nos informan de que en otros planos de actividad hay seres cuya forma o cuerpo es tan sumamente sutil que no puede expresarse con palabras.

También las posteriores investigaciones han corroborado la antigua verdad expuesta por los ocultistas, de que todas las cosas tienen vida, que están en movimiento y actividad, siempre cambiantes, y para que cambien es necesario que se muevan. La activa energía se manifiesta en el incesante

movimiento de los electrones alrededor del núcleo atómico, en las fuerzas de gravedad, cohesión, atracción y repulsión, en las energéticas modalidades de luz, electricidad, calor y magnetismo, con otras más no descubiertas todavía por la ciencia. Por lo tanto, doquiera haya forma ha de haber vida, desde el átomo al sol.

De la propia suerte han corroborado las posteriores investigaciones que todo tiene además de forma y vida, conciencia, manifestada en infinitad de gradaciones, desde la atracción del átomo hasta el albedrío del adepto.

Donde hay forma hay vida, y donde vida, conciencia.

II. Ley y Orden

Se manifiesta en la regular sucesión de los fenómenos del universo objetivo.

Ya dijeron los antiguos sabios que todo está sujeto a peso, número y medida, y los modernos cientistas reconocen que el universo está gobernado por leyes.

La doctrina secreta de los rosacruces enseña que no hay nada casual, en el sentido de que un suceso ocurra sin causa que lo motive, pues aunque algo parezca fortuito es consecuencia y manifestación de la ley de causa y efecto, en términos inasequibles al conocimiento humano.

Las mismas causas, operantes en las mismas circunstancias, producen siempre los mismos efectos.

Imposible fuera el raciocinio sin la implícita afirmación de este principio.

Tampoco admiten los rosacruces el fatalismo en el sentido de que un suceso haya de ocurrir forzosamente sin relación con otros sucesos precedentes, ni dependencia de la voluntad humana.

Sin embargo, no se ha de confundir el fatalismo con el determinismo, porque son conceptos antagónicos, ya que mientras el fatalismo lo entrega todo al acaso o al arbitrio de un Dios cuyos designios es imposible escrutar, el determinismo afirma que cada suceso está determinado por otros precedentes, que como eslabones de una cadena se enlazan con la causa un tiempo establecida por la voluntad humana, que en cuanto al individuo atañe puede, si es lo bastante poderosa para ello, establecer otra causa cuyos efectos invaliden los de la determinante de la cadena de efectos contrarios.

III. Vibración

Este principio está ya admitido por la ciencia moderna con absoluta unanimidad. Todo cuanto existe está en incesante vibración, no sólo la materia sólida, líquida y gaseosa, sino también las diversas modalidades de energía, como la electricidad, la luz, el calor, el magnetismo que no son más que diferencias de vibración de una sola y única energía, de la energía universal a que llaman prana los hinduistas.

Pero también rige el principio de vibración en los planos superiores al físico, pues en la diferencia de tonalidad vibratoria de la materia primordial se funda la distinción entre los planos o mundos del universo manifestado y de la misma diferencia de vibración derivan los diversos estados de la materia de un mismo plano. Así la diferencia entre el hierro y el oro, entre el azufre y el diamante consiste en diferencia de vibración de los átomos constituyentes de cada clase de materia, que por lo mismo están dispuestos en distinto orden en cada una de ellas.

Análogamente, cada estado mental o emocional tiene su distintiva tonalidad vibratoria, y el secreto del “contagio mental o emocional” a que aluden cuantos observan la psicología de las multitudes, proviene de que cada pensamiento lo suficientemente vigoroso y cada emoción lo bastante intensa levantan vibraciones de la misma índole en la mente y en el ánimo de las personas de menor potencialidad que se hallan en la esfera de influencia y quedan atraídos por ella.

Así se explican científicamente todos los fenómenos de hipnotismo, mentalismo y sugestión, y las epidemias mentales y emocionales que a veces se propagan por toda una nación con tanta rapidez como las epidemias morbosas.

En el principio de vibración se funda también el notorio efecto de las llamadas “ligas mentales”, consistentes en que si millares de individuos se conciertan para emitir a determinada hora un vigoroso **pensamiento** acompañado de intenso **deseo** en pro de la paz del mundo, se forma una caudalosa corriente mental de índole pacifista, que influye en las mentes receptivas de las masas humanas y levantan en ellas las mismas vibraciones y mueven a los individuos a pensar en la paz y deseársela, contrariando la siniestra actitud mental y emocional de los egoístas partidarios de la guerra.

El conocimiento y dominio del principio de vibración capacita al hombre para regular a voluntad sus pensamientos y emociones y mantenerse

en un estado de tranquilidad y poder mental, que junto con la eficacia defensiva del aura protectora le resguarda de toda ajena influencia.

Según adelanta la ciencia moderna, va reconociendo de más en más la naturaleza de las vibraciones y afirma que la diferencia entre las cosas deriva de las diferencias de vibración, de acuerdo con el antiguo aforismo que decía que las cosas manifiestan diferencias según su modalidad de vibración.

Así la ciencia moderna confirma la antiquísima enseñanza oculta de que todo vibra en el universo.

IV. Ritmo

Este principio, como los otros seis, rige en todas las modalidades de manifestación objetiva. Ritmo significa movimiento regular alternativo; un proceso acomodado a la medida del tiempo.

El ritmo se manifiesta en la repetición periódica de unos mismos fenómenos físicos, emocionales y mentales.

El ejemplo más sencillo y notorio del principio del ritmo es el movimiento del péndulo, que está sujeto a la ley matemática del ritmo.

También son muy significativo ejemplo los movimientos de rotación y traslación de la Tierra, que se efectúan en un período de tiempo siempre exactamente el mismo, que se repite sin interrupción, aunque nunca ocupa la Tierra el mismo lugar en el espacio.

El principio del ritmo se manifiesta en la alternada repetición del día y de la noche, de las cuatro estaciones, en el ciclo lunar, que una vez terminado, vuelven a ocurrir las fases de la Luna en los mismos días y exactamente a las mismas horas en que ocurrieron en los ciclos precedentes.

En música es el ritmo la proporción entre el tiempo de un movimiento y el de otro diferente. En el lenguaje es la grata y armoniosa combinación y sucesión de voces, cláusulas, períodos, pausas y cortes en la expresión, así como también es el metro o verso en el lenguaje poético.

En todo ritmo hay alternativa mudanza de movimiento entre los dos polos o extremos de una misma cosa.

La oscilación del péndulo no excede del límite señalado por la ley a que obedece, y el punto a que llega en la oscilación hacia la izquierda está al mismo nivel, pero completamente opuesto al punto que alcanza en la oscilación a la derecha. Así en todo fenómeno, el cambio o movimiento se efectúa entre dos opuestos extremos, y la repetición isócrona de este cambio

constituye su ritmo. Tal es el normal funcionamiento del corazón, semejante a un péndulo por su sístole y diástole.

El período de tiempo entre los dos movimientos alternativos constituye la tonalidad, pulsación o latido del ritmo.

En las palpitaciones normales del corazón y en la inspiración y espiración del hombre el ritmo es casi instantáneo, mientras que entre la inspiración y espiración de Brahma o sea entre la manifestación y la disolución de un universo el ritmo es de millones de millones de años solares.

Por lo tanto, la periodicidad es la repetición de un mismo fenómeno al cabo de determinado tiempo, y todas las cosas manifiestan periodicidad por estar sujetas al principio del ritmo.

Así es que periódicamente se efectúan en las labores del campo con arreglo a las leyes de la vida vegetal, la siembra y la cosecha, periódicamente se desnudan los árboles de hoja caduca y se revisten al cabo de un tiempo fijo de nuevas hojas.

Una autoridad científica dice sobre el particular:

“El ritmo es la necesaria característica del movimiento. Es un forzoso corolario de la coexistencia de fuerzas antagónicas. Todo movimiento alternativo, sea el de los planetas en sus órbitas, de los corpúsculos etéreos en sus ondulaciones, la cadencia del lenguaje o el alza y baja de los precios, es inevitablemente el movimiento alternativo entre dos límites extremos”.

Ritmo es también el flujo y reflujo de los mares, y todo ritmo completo o cíclico tiene además del movimiento de rotación otro de traslación y progreso.

Ritmo hay en el sueño y la vigilia, en el trabajo y el descanso, en la involución y la evolución. Las modas y las costumbres, los gustos y las diversiones, las ideas y las instituciones, tienen su época de florecimiento, decaen, se olvidan y con el tiempo se restauran, aunque en un plano superior de evolución.

La extensión de las redes ferroviarias y la invención de los tranvías eléctricos, quebrantaron el un tiempo floreciente sistema de comunicaciones y transportes por medio de diligencias y galeras; pero hoy día este arcaico sistema resucita renovado en los automóviles y camionetas que compiten ventajosamente con los ferrocarriles, y no será difícil que si la aviación, hoy todavía en mantillas, resuelve en definitiva el problema de la estabilidad, se organicen en lo porvenir trenes completos de dirigibles que arrinconen en los museos de antigüedades las más potentes locomotoras del siglo veinte.

Nuestras emociones parecen estar sujetas también al principio del ritmo, pues mientras el hombre no es dueño de sí mismo, tiene períodos de optimismo, entusiasmo, actividad, iniciativa y exaltación a que como el reflujo al flujo sigue otro período de pesimismo, pereza, indiferencia y abatimiento, en alternativas temporadas de buen y mal humor.

Sobre el ritmo emocional dice un prestigioso autor:

“Nada puede oscilar más allá de sus extremos ni exceder de sus rítmicos límites. Por consiguiente, si una cosa oscila en una dirección habrá de oscilar después en el mismo tiempo en dirección opuesta. La bajada tiene el mismo desnivel que la subida. La reacción es igual y contraria a la acción. Quienes intensamente sufren son también capaces de gozar intensamente, mientras que los poco sensibles al dolor moral no gozan de los delicados placeres del espíritu”.

En efecto, la palabra dura, el gesto despectivo, la risa irónica que dejan indiferente al hombre de grosero temperamento, lastiman profundamente a la persona que antepone su dignidad, su decoro, su honradez, su integridad a todas las ventajas materiales.

En los tiempos caballerescos, cuando en los Juegos Florales de Tolosa, se premiaban las mejores poesías cuyos autores cantaban el amor, la fe y la patria, el premio de honor era una flor natural, no un objeto de subidísimo valor material, y los poetas que acudían al certamen se consideraban mucho más dichosos si obtenían el premio de la flor natural con el derecho de elegir a la reina de la fiesta, que si les hubiesen concedido un premio secundario, pero de muchísimo valor material.

La doctrina secreta de los rosacruces aconseja al estudiante que se valga del principio del ritmo para dominar sus pensamientos y emociones, pues si aprende a percibir la inevitable reacción que ha de seguir a la acción, el reflujo que ha de seguir al flujo y el dolor que ha de ser obligada consecuencia del placer concupiscente, es decir, al nivel de la conciencia mental superior, de modo que la oscilación siniestra pase por debajo de su nivel, como pasan las tumultuosas aguas de un río por debajo de un puente.

La negación firmísima del polo siniestro, de la oscilación del péndulo emocional hacia la izquierda, bastará para que el ego no la reciba si no quiere recibirla.

A primera lectura parece muy complicado y punto menos que inverosímil este proceso psicológico; pero si reflexionamos sobre ello veremos que equivale a lo que en misticismo se llama “sentir sin consentir” o “vencimiento de la tentación”, esto es que el impulso siniestro no tiene más

remedio que seguir a su opuesto el armonioso; pero como el hombre conocedor del principio del ritmo sabe que ha de sobrevenir, se pone en guardia, se previene colocándose en un plano de conciencia superior al de la reaccionante oscilación y sobrepuesto a ella la vence.

V. Los Ciclos

Todo en el universo se sucede cíclicamente; pero no se ha de entender por ciclo una sucesión en línea circunferencial o sea en círculo, a pesar de que etimológicamente la palabra ciclo quiere decir círculo, pues el verdadero significado del ciclo consiste en el *tiempo* y no en la *línea*, ya que esta línea nunca es matemáticamente circunferencial sino más bien elíptica unas veces y otras espiral.

Así tenemos que una de las acepciones de la palabra ciclo es el período de tiempo o cierto número de años que una vez transcurridos se vuelven a contar de nuevo, y en esta circunstancia vemos la íntima relación entre el principio cósmico del ritmo y el de los ciclos que rigen indefectiblemente en todas las manifestaciones del universo.

También desde el punto de vista histórico, que tan enlazado está con el del tiempo, pues de nada serviría la historia sin la colaboración de la cronología y la geografía descriptiva, tiene la palabra ciclo la acepción de conjunto de tradiciones épicas concernientes a determinado período de tiempo, a un grupo de sucesos o a un personaje histórico, como cuando se dice el ciclo troyano, el ciclo bretón y el ciclo del rey Arturo.

Expone sobre ese asunto un autor:

“Cuando la oscilación del péndulo, libre de moverse en cualquier dirección, está sujeta a las atracciones y repulsiones de otras modalidades de energía, se convierte la oscilación rectilínea en movimiento cíclico.

Estas dos fuerzas centrífuga y centrípeta de repulsión y atracción actúan en todo el universo, y por ser opuestas dan por resultante el movimiento cíclico del cuerpo, objeto o cosa en que actúan.

Así los planetas se mueven cíclicamente alrededor del sol, pero no en órbitas circulares, sino elípticas, uno de cuyos focos lo ocupa el sol, que también se mueve a su vez arrastrando consigo a todos los planetas, satélites, asteroides y cometas de su sistema”.

La historia nos muestra en los sucesos humanos una repetición de ciclos simbolizados por la serpiente que se muerde la cola, y ya el insigne filósofo Vico vislumbró por raciocinio lo que las enseñanzas ocultas reservaban en

aquella época a los iniciados, esto es, que la historia se repite, que no hay tiempo que no vuelva, aunque la repetición y la vuelta no se efectúan jamás en el mismo plano y nivel del ciclo anterior, sino en otro superior, en la siguiente espira de la línea siempre ascendente de evolución.

Pero los ciclos no están aislados ni se suceden independientemente unos de otros. Por el contrario forman una serie indefinida de antecedentes y consecuentes enlazados por la razón del plan de Dios.

De la propia suerte que en el ciclo de evolución humana, cada vuelta de la rueda de nacimientos y muertes es consecuencia de la vuelta anterior y precedencia de la siguiente, así también en las encarnaciones colectivas de la humanidad a que llamamos razas raíces, cada una de ellas es el consecuente de la anterior y el antecedente de la que le ha de suceder en el transcurso de la evolución.

Y así como el fruto o cosecha de una vida individual no se pierde, sino que sirve de siembra a la siguiente, de la propia suerte el fruto de cada raza raíz es, como si dijéramos, el capital estante de la nueva raza.

Podemos considerar cada raza raíz como un ciclo máximo de la evolución humana, dentro del cual se suceden ciclos menores que son las subrazas con sus correspondientes civilizaciones, y así vemos que la ciencia, la industria, el arte, la religión, todas las manifestaciones del entendimiento humano se transfieren de la civilización que muere a la civilización que nace, y ésta coloca en un plano superior los frutos de la precedente civilización, hasta que al llegar la raza a su punto culminante, empieza a decaer y parece como si toda su labor hubiera de perderse; pero desde el punto de vista oculto es la bajada o descenso de la espira, necesario para emprender el ascenso a la superior espira siguiente.

Así en nuestra actual quinta raza aria se han ido sucediéndose y transfiriéndose sus frutos las civilizaciones de la India antiquísima, de Caldea, Egipto, Asiria, Persia, Grecia, Roma, de las que es hija nuestra presente civilización europea-americana, llamada ordinariamente occidental, a la que han de suceder las futuras civilizaciones de la sexta raza raíz.

Todas las formas de gobierno, la despótica, tiránica, autocrática, absoluta, democrática, monárquica, oligárquica y republicana se conocieron en las antiguas civilizaciones, como con las consiguientes modificaciones se conocen en el presente.

El mismo principio de los ciclos rige en el pensamiento filosófico. Las doctrinas y enseñanzas filosóficas de la India transplantadas a Grecia por Pitágoras y asimiladas por Sócrates, Platón y Aristóteles revivieron en la

escuela de la España musulmana y tomaron nuevo cuerpo con la misma alma al toque de la pluma de Santo Tomás.

La teoría de la causalidad, del determinismo, del panteísmo racionalmente espiritual, de la evolución creadora fueron populares en la antigua Grecia hace veinticinco siglos, y ya las conocieron mucho antes la India y Egipto. Hoy las renuevan los pensadores de Occidente creídos de que son hijas legítimas y naturales de su talento.

Lo mismo cabe decir de las ideas religiosas. El monoteísmo, el politeísmo y hasta el ateísmo tienen sus precedentes en las desaparecidas civilizaciones, y el mismo cristianismo que presume de religión original y divina, no es más que en su parte ética una repetición del budismo y en su parte dogmática y ritualística una superior variante del injusta e impropriamente llamado paganismo.

Recordemos que los ciclos de evolución no son circulares, son espirales, porque si fuesen circulares no habría progreso, nos moveríamos en un círculo vicioso. El centro del ciclo adelanta sin cesar, como sucede en la espiral geométrica.

VI. Polaridad

Se manifiesta este principio en los pares de opuestos o términos contradictorios que por doquiera aparecen en el universo, desde la íntima hasta la suprema modalidad de manifestación.

Puede definirse el principio de polaridad diciendo que todo fenómeno manifiesta dos opuestas series de cualidades, propiedades o poderes que actúan en contrario sentido; pero que es posible reducirlos a una unidad por la conciliación de los extremos en la infinita Realidad que trasciende los pares de opuestos cuya existencia se contrae a los planos de relación.

Entre los muchos ejemplos que de polaridad se nos ofrecen, el más característico es sin duda el de los dos polos de un imán.

El imán es uno solo, una unidad, y sin embargo tiene en el polo positivo una actividad completamente contraria a la del polo negativo, y cuando estas dos actividades se equilibran, permanece la unidad del imán.

Para convencerse de que en los mundos de relación todo está sujeto al principio de polaridad, basta considerar la multitud de pares de opuestos que aparecen perfectamente distintos a la comprensión humana en el triple aspecto físico, emocional y mental.

En el orden físico tenemos lo grande y lo pequeño, lo alto y lo bajo, lo estrecho y lo ancho, lo duro y lo blando, lo dulce y lo amargo, lo soso y lo salado, la cima y la sima, derecha e izquierda, aprisa y despacio, frío y caliente, luz y tinieblas, lo pesado y lo ligero, etc.

En el orden emocional tenemos lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio, el amor y el odio, la paciencia y la ira, la soberbia y la humildad, el placer y el dolor, la afición y la aversión, el valor y el miedo, etc.

En el orden mental, la verdad y el error, la fe y la duda, la credulidad y la incredulidad, la tesis y la antítesis, el análisis y la síntesis, lo abstracto y lo concreto, lo ilusorio y lo real, lo positivo y lo negativo, lo físico y lo metafísico, etc.

Doquiera vemos un fenómeno, una cualidad, una característica, hay motivos para suponer la existencia de un contrario, como en efecto existe, porque es consecuencia del principio de polaridad.

En caso de que la cualidad o característica opuesta nos sea desconocida, porque aún no la hayamos descubierto o nadie nos la haya mostrado, debemos admitir desde luego su existencia de conformidad con la regla según la cual, lo que se afirma de una cosa se ha de negar de su opuesta, o lo que tanto vale, el opuesto elemento de una cosa será precisamente su contraria.

Tan inefable es esta regla, que juntamente con el principio de analogía o correspondencia puede aplicarse al método de investigación de lo desconocido por medio de lo conocido.

Lo más sorprendente para quien por vez primera medita y reflexiona sobre el principio de polaridad es el convencimiento de que a pesar de la aparente oposición de los pares, son en esencia la misma cosa, pero manifestada en sus grados extremos, y por esto se dice vulgarmente que los extremos se tocan.

Por ejemplo, entre la dureza y la blandura no hay diferencia esencial, sino tan sólo de grado de cohesión entre las moléculas de la masa, que en el cuerpo duro es mayor que en el blando.

Lo caliente y lo frío no son términos *absolutamente* opuestos, sino tan sólo *con relación* a quien experimenta la diferencia vibratoria en que consiste el calor y el frío. Lo caliente para la vegetación de un helecho es demasiado frío para la de la caña de azúcar y un indígena de Río de Oro, trasladado repentinamente a Niza en plena canícula, tiritaría de frío.

No es posible señalar en el termómetro un punto en que termine el frío y empiece el calor, pues ambos conceptos expresar relativas tonalidades de una misma índole de vibraciones.

Si metemos la mano derecha en una taza de agua caliente, y la izquierda en agua fría e inmediatamente las dos manos juntas en agua tibia, notaremos en la mano derecha sensación de frío y de calor en la izquierda, a pesar de que la temperatura del agua tibia es la misma para ambas manos.

En cuanto a los estados emocionales de amor y odio parecen a primer examen tan irreconciliables como el agua y el fuego, pues no se comprende cómo puede ser el amor esencialmente igual al odio.

Sin embargo, la psicología experimental demuestra que el odio puede transmutarse en amor como en el caso de la conversión de San Pablo, que de perseguidor de los odiados cristianos se erigió en el más ferviente apóstol de la doctrina que antes odiara.

Cuando Amnón, el primogénito de David, logró saciar su incestuosa pasión con su hermana Tamar, dice la Biblia que “la aborreció de tan grande aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado”.

Entre el vivo y puro amor en un extremo y el odio feroz en el extremo opuesto se extiende una indefinida serie de gradaciones en que el amor va haciendo más lentas sus vibraciones que parecen amortiguarse en el punto medio de la indiferencia, para ir creciendo en densidad por los grados de la antipatía, la repugnancia, la aversión hasta el extremo del odio.

La experiencia de la vida demuestra sin necesidad de mayor argumento, cómo a veces se enemistan dos personas o dos familias que durante largos años convivieron en la mejor armonía; cómo, por el contrario, dos personas que al principio se miraban con recelosa antipatía, una vez puestas en más estrecha relación, brota entre ellas la llama viva de la amistad; y cómo también la joven que al principio miraba con repugnancia a su pretendiente, llega a amarlo con toda su alma cuando con él se casa; y al contrario, jóvenes que se casaron enamoradísimos con la ilusión de que fuese eterna su luna de miel, se divorcian al cabo del año por la mutua aversión en que se transmutó su antiguo amor.

La demasiada actividad en un sentido nos conduce frecuentemente a la manifestación del opuesto, y así no hay placer que no acabe en hastío ni dolor que cien años dure.

El conocimiento de la ley de polaridad que nos revela la identidad **esencial** de los pares de opuestos, abre un vasto campo de acción al ocultista y le permite transmutar los estados de mente y de ánimo, o lo que es lo mismo, le capacita para ser dueño de sus pensamientos y emociones.

Las cosas de diferente clase no se pueden transmutar unas en otras, pero sí es posible revertir los dos polos de una misma cosa.

Así el amor nunca se convertirá en color rojo ni en el punto cardinal de occidente; pero podrá transmutarse en odio y el odio en amor mediante la alteración de la polaridad.

El miedo puede transmutarse en valor y el valor en miedo, como la experiencia nos lo está enseñando a cada paso.

Las personas de ordinario tímidas y apocadas que se asustan de sus propios pasos, llegan en circunstancias críticas de la vida, en momentos solemnes, como cuando la madre ve en peligro la vida de su amadísimo hijo, a extremos de valor lindantes con el heroísmo.

En cambio, no hay militar por acreditado que tenga su valor en las hojas de servicio, que no se entremezcla de temor al sonar los primeros disparos de una formidable batalla.

Lo duro puede ablandarse y lo blando endurecerse y lo caliente enfriarse y lo frío calentarse, y así de los demás pares de opuestos incluso de los emocionales, pues el orgulloso puede transmutarse en humilde, y el humilde caer en el orgullo espiritual, y el lujurioso llegar a ser dechado de castidad como la Magdalena o María Egipciaca.

El secreto de esta posible transmutación está en que no hay cambio de una cosa por otra completamente diferente, sino que se trata de alterar los polos de una misma cosa, para alterar así la manifestada acción de la misma cosa.

Supongamos que un coche de tranvía eléctrico se dirige del punto A al punto B. El coche tiene su peso, su pasaje, su conductor, su cochero y su trole que lo enlaza con el cable por donde circula la corriente eléctrica que lo impulsa. Si en el trayecto muda el conductor la posición del trole, el coche, sin variar en lo más mínimo ninguno de sus elementos constituyentes, en vez de dirigirse de A a B se dirigirá opuestamente de B a A. El coche será idéntico, pero el efecto de su acción de todo punto contrario.

Así el que comprende el principio de polaridad puede dirigir su vehículo personal mediante el trole de la voluntad enlazada con la siempre activa corriente de la divina energía.

Además de la transmutación de los propios estados mentales y emocionales, es posible extender la aplicación de este principio a la influencia de una mente en otra, sobre la cual tanto se ha dicho y escrito de algunos años a esta parte.

Cuando se comprende y reconoce la posibilidad de la inducción mental, es decir, que se pueden determinar pensamientos y emociones por inducción o sugestión, se echa de ver la causa de los fenómenos de esta índole que tantas veces se han prostituido y profanado en los escenarios y en las plazas públicas.

Pero quien emplee honradamente, con inegoísta sinceridad, el poder que le confiera el conocimiento y aplicación práctica del principio de polaridad, será un beneficioso auxiliador de los abúlicos, de los abatidos, de los débiles, de los escépticos, de los melancólicos, de los neurasténicos, de todos cuantos padezcan enfermedades del ánimo que repercutan morbosamente en el cuerpo.

El conocimiento del principio de polaridad dará a entender a quien lo posea que los estados de mente y ánimo son gradaciones de la manifestación del ego, tan numerosas y distintas como los individuos.

Dice un sabio:

“Equilibrio es poder. El equilibrio se logra armonizando los pares de opuestos de modo que dejen de ser relativos y se entrefundan en absoluta unidad. En el fondo de la tormenta está la calma. En el centro de Vida está el poder”.

Este antiquísimo aforismo contiene la esencia de las enseñanzas ocultas respecto del principio de polaridad. El equilibrio, la ecuanimidad, la paz que excede a toda comprensión, no es en modo alguno la quietud y el silencio lúgubre de los sepulcros, sino la gozosa actividad exenta de toda duda, desazón y sufrimiento.

VII. Generación

Este principio está íntimamente relacionado con los otros seis y en especial con el de los ciclos y el de ley de orden y causalidad, porque no fuera posible la repetición de los fenómenos, el encadenamiento de las razas ni la evolución de los egos en el ciclo de samsara o rueda de nacimientos y muertes, si no hubiese medio de establecer esta continuidad.

A este fin concurre el principio de la generación, que no debe confundirse con la sexualidad ni con el sexo, como a veces se confunde, de la propia suerte que no es justo confundir la especie con el género, pues si todos los cipreses son árboles, no todos los árboles son cipreses.

Análogamente, aunque toda sexualidad y todo sexo indique generación, no son indispensables la sexualidad ni el sexo para la generación.

Sin embargo, cuando con la palabra sexo no se da a entender la condición orgánica que distingue al macho de la hembra en los reinos vegetal,

animal y humano, sino que significa la distinción entre los elementos positivo y negativo, activo y receptivo, masculino y femenino, entonces puede afirmarse con el antiguo aforismo oculto, que el sexo está omnipresente en el universo y que del sexo deriva la generación.

Tanto los estudiantes adelantados de ocultismo como los modernos investigadores científicos reconocen la verdad expuesta por los antiguos rosacruces de que el sexo o sea el principio de generación con su doble elemento masculino-femenino, el Padre-Madre de la simbología religiosa, todo lo penetra y está presente en todo el universo, no sólo en el plano o mundo físico, sino en todos los planos o mundos de vibración superior al físico, hasta alcanzar la andrógina Alma Universal.

En el plano físico la actividad del átomo con los electrones que giran alrededor del núcleo se divorcian de él para unirse a otro, es una manifestación del principio generador, como si el núcleo fuera masculino y los electrones o iones femeninos.

En los planos emocional y mental las indagaciones de la moderna psicología experimental corroboran la omnipresencia del principio generador.

Las empeñadas discusiones entre los psicólogos y filósofos acerca de la que llaman mente subconsciente, mente subjetiva o mente subliminal han puesto en claro que esta “otra mente”, como a algunos les parece, aunque en realidad no hay más que una sola mente, es capaz de recibir las sugerencias, órdenes, mandatos y advertencias de la mente vigílica o en estado de conciencia ordinaria, y que estas sugerencias **engendran** nuevas ideas, conceptos, pensamientos y nociones a manera de abundante proliferación mental.

Los psicólogos no han acertado a dar la explicación de este fenómeno psíquico; pero los rosacruces lo explican diciendo y afirmando que la mente consciente es positiva o masculina y que la mente subjetiva es receptiva o femenina, por lo que ésta concibe y pare los elementos mentales que engendró o generó la mente masculina.

Tan evidente es la analogía, que no se comprende cómo los expositores de la mente dual y sus comentadores no se percataran de la verdadera causa del fenómeno llamado autosugestión.

Muy cerca anduvo de la solución del problema el psicólogo Thompson J. Hudson en su obra titulada: “Ley de los fenómenos psíquicos”, en la que expuso, remedada por supuesto de la filosofía índica, su famosa teoría de la mente dual, donde dice que la mística jerigonza de los filósofos herméticos denota la general idea de la dualidad de la mente; pero no alcanzó Hudson a

descubrir el principio determinante del misterio de esta aparente dualidad, tan aparente como la de cualquier otro par de opuestos.

La mente subconsciente puede considerarse como la matriz en donde engendrada por la mente consciente se genera la numerosa prole mental de cada individuo.

La sugestión y el hipnotismo obedecen al mismo principio del sexo, pues la mente activa, consciente, positiva o masculina del operador actúa, se posa e influye en la mente receptiva, subconsciente, negativa o femenina del sujeto, en la que engendra todos los pensamientos, ideas, imágenes y emociones que le place o le conviene o necesita sugerir.

Desde luego que con arreglo a la ley de la generación, el operador implanta las semillas mentales en el abonado campo de la mente subconsciente del sujeto, donde como en la matriz pasan por un mayor o menor período de gestación hasta que salen a luz convertidas en palabras o actos.

Por desgracia, la mayoría de la humanidad se halla actualmente en una etapa de evolución en que el elemento mental femenino predomina contra el masculino, en que la mente consciente es aún débil y la voluntad flaca.

De aquí que la minoría de robusta y masculina mentalidad subyugue a las masas inconscientes que sugestionadas por la fogosa palabra de un demagogo, de un apóstol, de un misionero, de un propagandista, que para el caso es lo mismo, aunque los efectos sean diferentes, se asimilan las ideas sembradas en su mente receptiva y si es muy vigoroso el impulso las excitan a la acción.

También el principio de la generación se manifiesta en el plano espiritual, porque como es arriba es abajo, y el conocimiento de este principio explica el simbolismo de las diosas de las antiguas religiones y la procedencia del Hijo en la cristiana.

FIN